



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**“DE BORRACHO A CANTINERO”  
TRANSICIÓN DE REPORTERO A FUNCIONARIO  
DE OFICINA DE COMUNICACIÓN SOCIAL**

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN  
CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN  
PRESENTA:

**RODOLFO GERARDO GONZÁLEZ SARRELANGUE**

ASESORA: DRA. FRANCISCA ROBLES



CIUDAD UNIVERSITARIA, OCTUBRE 2011



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Agradecimientos

Zoyla Guadalupe, origen y formación, in memoriam

Tania, Mauricio Yanill y Rodolfo Iván, mi mejor manifestación de amor

Alejandra, socia de mi mejor proyecto

Mireia, adorable cuchillito de palo

Francisca, reencuentro con la disciplina académica

Todos los mencionados en esta tesina por ser parte de mi testimonio

## Índice

Agradecimientos	Pag. 1
Índice	2
Introducción	3
<b>Capítulo 1. Yo empecé mi carrera con Manuel Buendía</b>	<b>5</b>
1.1. Buendía el maestro	5
1.2. Buendía el jefe	6
1.3. Después de Buendía	11
1.4. La magia de la grilla	15
<b>Capítulo 2. Periodista sin suerte no es periodista</b>	<b>25</b>
2.1. Fabricante de noticias	25
2.2. Ventajas de hablar otros idiomas	29
2.3. Periodista vuelve a nacer	33
<b>Capítulo 3. La relación medios-oficinas de prensa</b>	<b>43</b>
3.1. Entre Borrachos y Cantineros	43
3.2. Importancia de trabajar en equipo	49
3.3. El control de daños en la comunicación	55
Conclusiones	61
Bibliografía	63

## **Introducción**

La importancia de tener experiencia como reportero y la utilidad de ello para desempeñarse en oficinas de prensa, difusión, relaciones públicas o comunicación social, me gustaría compartirla con los estudiantes de la licenciatura en ciencias de la comunicación y en especial con los de la especialidad de periodismo.

Para realizar el trabajo en oficinas de prensa no es requisito indispensable haber sido reportero antes, pero indudablemente es un gran auxiliar para desempeñar esta labor. En el gremio periodístico es muy empleada la expresión “de borracho a cantinero”, para explicar el caso de un reportero que incursiona en alguna dependencia de comunicación social. Ello implica tener la capacidad de saber cuáles son los requerimientos de los medios y sus representantes para satisfacer sus necesidades de información, facilitar el acceso a los funcionarios de una dependencia o institución y contar con una gran disposición para trabajar en equipo.

En esta tesina se pretende aportar información necesaria para que los estudiantes tengan, al menos, algunas nociones de la importancia de contar con experiencia como reportero en algún medio antes de incursionar en cualquier dependencia en el área de comunicación social.

Se plantea la importancia de mantener la ecuanimidad, relaciones de respeto con todos los medios y sus representantes, actuar con oportunidad para brindar información y ser eficientes en el control de daños, cuando

alguna información trasciende y amenaza la imagen de la institución y su titular.

Aunque cada quien tendrá su forma de enfrentar las situaciones y existen diversas teorías sobre el quehacer periodístico en una oficina de comunicación social, dejo el testimonio de mi experiencia, con el afán de que sirva como material informativo para alejarse de la teoría con conocimiento de causa y la idea de resolver problemas, no platicarlos a nuestros superiores.

## **1.-Yo empecé mi carrera con Manuel Buendía**

Toda historia o actividad tiene un principio. En esta parte relato mis experiencias iniciales como reportero. Por suerte correspondió al célebre columnista Manuel Buendía Téllez Girón ser maestro, guía, jefe y sinodal profesional en una carrera donde sabemos en qué momento comienza pero con el tiempo corroboramos que el periodismo es como el opio: quien lo prueba –aseguran quienes saben- no lo deja. En mi caso, yo sólo he probado el periodismo y efectivamente no he podido, no he querido, y estoy convencido de que nunca lo dejaré.

### **1.1 Buendía el maestro**

Controvertido, polémico, agudo en sus comentarios, temido y respetado por quienes leían su columna, Manuel Buendía Téllez Girón poseía el don de no pasar inadvertido. Se le podía aceptar o rechazar, admirar o vituperar, querer u odiar, pero para nadie podía ser indiferente.

De formación, maestro rural en Angangueo, Michoacán, de lentes con alta graduación y todavía con ese cristal verde botella, debido a los problemas que le causaba la luz intensa y para protegerlo de los destellos solares; un poco contrahecho de la espalda, defecto disimulado con su impecable forma de vestir, llegó a ser el mejor columnista y, en mi caso, el mejor maestro para la apasionante profesión de periodista.

Lo conocí en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde cursé la materia de Oficinas de Prensa con él, en el turno vespertino de la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva, a principios de los 70.

Era sorprendente ver como a las 20:00 horas llegaba con puntualidad inglesa, de traje como recién salido de la tintorería sin una arruga, perfumado y una sonrisa compartida con sus alumnos y admiradores. Se instalaba en su escritorio, se despojaba del reloj y lo ponía frente a sí.

Su profesor adjunto empezaba a repartir trabajos encargados la clase anterior. Todos revisados por él, pues los comentarios eran de su puño y letra y con su inconfundible vena irónica: “¡Vaya, 50 palabras sin un signo de puntuación: todo un récord!”, “Compañero, lo demandaré por intento de homicidio; casi me asfixio al tratar de leer en voz alta su escrito”.

En quinto semestre, cuando cursábamos esa materia con Manuel Buendía, nuestro ego estaba a todo nivel y no faltaba algún compañero empeñado en rebatir y cuestionar la ironía del profesor, pues en general se requiere mucha madurez y tener controlado el ego para aceptar la crítica.

En una profesión donde se afirmaba que quienes estudiábamos comunicación teníamos serios problemas al respecto, no era nada grato, y así se evidenciaba, al enfrentar a una “vaca sagrada” del periodismo destruyendo nuestras creaciones casi literarias.

Sin perder la compostura, Buendía invitaba al inconforme a leer en voz alta la incorrección señalada. Algunos hacían la pausa fisiológica, donde se les acababa el aire, pero el maestro les exigía leerla tal cual. Al reintentar la lectura, obviamente no podían llegar al final de su párrafo.

Aún recuerdo su voz gutural cuando criticaba nuestro uso de los signos de puntuación: “compañeros, ustedes los usan como francotiradores a ver si dan en el blanco, pero, generalmente, no le atinan”. Aun sin ser objeto de su materia, nos forzaba a repasar las reglas gramaticales. Se le podían ganar discusiones, pero se requerían argumentos fundados, no actitudes viscerales.

Como era una materia bastante atractiva para mí, fue enriquecedora la experiencia y pude establecer una buena relación con Manuel Buendía, quien detrás de la imagen de solemnidad y de respeto proyectada, era un ser muy paternal, cordial, con un fino sentido del humor y así lo hacía sentir a quienes nos acercábamos a él.

Al final del semestre, se abrió la posibilidad de trabajar con él, pues además de su columna denominada “Para Control de Usted”, en el periódico *El Día*, donde firmaba como M Tellezgirón, era Director de Prensa en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Más tarde se mudaría al periódico *El Sol de México* y después al *Excelsior*, donde su columna se llamaría Red Privada, por Manuel Buendía.

## **1.2 Buendía el jefe**

Para alguien con nula experiencia profesional como yo fue un reto la transición de alumno a empleado del maestro. En el primer caso, había la posibilidad de no entregar un trabajo, a riesgo de asumir las consecuencias en la calificación; como reportero, la única justificación era el acta de



defunción, llevada por el interesado; es decir se cumplía o se cumplía y, por añadidura, bien.

Yo llegué al CONACYT después de la salida de un excelente comunicólogo y escritor chiapaneco, como es Leopoldo Borrás. Para un alumno de quinto semestre con un gran ego como único equipaje, el traje era muy, muy grande, pero me consolaba pensar que yo no había pedido el trabajo, sino que el señor Buendía me lo había ofrecido. Algo debió haber visto en mí.

Una de mis actividades era la redacción del boletín quincenal enviado a los becarios del Consejo, llamado *Conexión Conacyt*. Esta labor permitía, hasta cierto punto, tolerancia, pues se tenía la ventaja de disponer de un archivo de las investigaciones, cartas de los becarios, pasatiempos y las actividades del director de CONACYT. Es decir, había material suficiente para llenar la publicación. Lo importante era mantener el nexo con ellos y que estuvieran actualizados de cómo estaba su país.

Con la redacción del boletín de prensa, el tiempo era implacable y Manuel Buendía más. No obstante su trato amable, detrás de sí había un ser perfeccionista, que demandaba lo mismo de sus colaboradores. En mi caso, pese a haber amistad, siempre me habló de usted, aunque recurría a decirme: “mire Fito, hagamos esto” y en toda circunstancia el Fito sustituía al Rodolfo. Eso sí, me hablaba de usted y con mucho respeto.

La primera experiencia como redactor de boletines surgió en un evento muy importante para el sector educativo, en el cual había participado el director del Conacyt, en ese entonces, Gerardo Bueno Zirión.

Terminado el acto, me tocó redactar el comunicado. Dispuesto a aplicar los conocimientos de la nota informativa, con sus famosos tópicos: qué, quién, cuándo, cómo, dónde y para qué enfrenté la máquina mecánica Olivetti, pues las computadoras, laptops, Ipads, tablets y otros auxiliares cibernéticos, en los setentas no existían. Lo más cercano a la modernidad, las máquinas eléctricas IBM privilegiaban sólo al personal administrativo y secretarial. Así que con emoción aporreé las teclas de una máquina mecánica Olivetti.

Una vez terminada la labor, me dirigí a mostrar el hijo de mi creación al señor Buendía. Casi tuve que cachar el documento, pues unido a un —“¡No Fito, esto no tiene sentido. Rehágalo!”, me lo devolvió aventándolo lejos de sí.

Medio molesto, pensé: ¡Pinche maestríto rural! ¿Qué me va a enseñar a mí? Así, redacté un nuevo boletín, como se dice en el gremio, dándole la vuelta y, según yo, con mejor redacción.

Con mi casi premio Pulitzer (1) regresé con Manuel Buendía a entregárselo. A punto de iniciar una junta y sentado en una silla plegable, de esas de director de cine, sin voltear a verme, estiró la mano y nuevamente los gritos: “¡No hombre, lo vemos al rato! ¡No es posible trabajar así!”, y me devolvió el boletín con una actitud que manifestaba su molestia y ganas de que desapareciera de su vista.

Excuso decir cómo me sentí cuando las miradas de todos los participantes de la junta voltearon a ver al idiota a quién estaba regañando el maestro. Ahora sí enfadado, apliqué mis clases de karate en el barandal de la oficina y solté una patada que retumbó en el área. Me sentí impotente en grado superlativo. No concebía mi imposibilidad de redactar un boletín publicable en prensa. Con esta circunstancia contemplé una última redacción y vislumbré el fin de mi labor en CONACYT. No encontraba por dónde entrarle a la nota. Sin embargo, y como dice el dicho: un periodista sin suerte no es periodista, me salió una tercera versión.

Algo peculiar en Manuel Buendía era lo práctico para hacer juntas de trabajo. Breves, con propuestas y de las mismas demandaba a los participantes elegir una opción y ponerse a trabajar en ella. Eso le permitía ser eficaz y eficiente, actitudes que contagiaban al equipo.

Con mi tercer boletín, resignado a ser despedido, entré a la oficina de Buendía y casi se lo aventé en el escritorio. Sin leerlo, me ordenó dárselo a la secretaria para, finalmente, pasarlo en limpio y distribuirlo a los medios.

No obstante, me exigió regresar y cerrar la puerta. Nuevamente el fantasma del desempleo vino a mí, pero mi coraje me preparó para el despido.

Por el contrario, Buendía, suavizó el tono de sus palabras y me preguntó:

—“¿Fito, usted se pone nervioso conmigo?”

—No señor, -le contesté- pero no quiero regar el tepache. Esbozando una leve sonrisa, me explicó:

**(1) El Premio Pulitzer son 21 galardones que abarcan Periodismo, Literatura y Composición Musical. Se otorgan desde hace 94 años por la Universidad de**

**Columbia, Estados Unidos cada mes de abril, por deseo de su creador Joseph Pulitzer)**

— Dispóngase como usted dice a regar el tepache, a equivocarse, a recibir un regaño, pero también una enseñanza. Al jefe de prensa anterior lo corrí por menos de lo que usted me hizo a mí. Pero usted y yo somos amigos y, además, creo que tiene madera para esta profesión.

Movido más por lo práctico, no atinaba a entender tanto rodeo de Buendía. Si en última instancia yo tenía madera y pensaba que podría hacer algo en el periodismo, para qué tanto rollo.

No esperé nada para tener respuesta a mi inquietud:

— Si usted notó, a mí lo que menos me interesaba era el boletín. Pero la primera vez que usted lo trajo, casi se le caían los pantalones de los nervios. Obviamente, no iba a perder mi tiempo leyendo algo en lo que ni usted confiaba; la segunda vez, su temblor de manos me indicaba una situación igual; la tercera, casi me lo avienta. Entonces dije, ahora sí él confía en su trabajo..

— Mire Fito, en este negocio nunca hay que perder el aplomo y yo escuché su patada de karate ante el barandal.

Ya ubicado en su escritorio, volvió la sonrisa a él y entonces me dio una orden inesperada e ilógica:

— A ver, tíreme una de esas patadas como la que le tiró al barandal. Desconcertado le argumenté que no era posible hacerlo.

— ¡Tíremela! –insistió.

Sin más opción que obedecer, traté de ejecutar la mejor patada de lado, por encima de su escritorio. Era sabida la destreza de Manuel Buendía en el manejo de las armas y una vez tirada la patada, desde su sillón él me mostró una pistola enorme y no supe qué calibre era:

—“¿Esas patadas pueden hacer algo contra esto?”

— ¡No,no,no,señor, guárdela, nnno se puede hacer nada!, le respondí al borde del infarto.

Bromista, con humor negro en grado superlativo, Buendía blandió el cargador en la otra mano, al tiempo que sonreía satisfecho de la lección involuntaria que me repitió:

— Mire Fito, recuerde mantener el aplomo; no me vea como su enemigo. Créame que entiendo sus actitudes de inseguridad, pero reconozco su potencial. Le recomiendo que si no hace amigos, no haga enemigos y

ábrase a aprender en lo que sí es una redacción de verdad, pues en la Universidad, sin un taller real, me da la impresión de que ustedes estudian natación por correspondencia.

Lógicamente la lección y la actitud de Buendía no la entendí en ese momento y mentalmente me acordé de todo su árbol genealógico. Parte de la enseñanza de hacer y rehacer el boletín vino al día siguiente, cuando al revisar el recorte de prensa vi que mi nota había sido de primera plana. Incluso noté que varios colegas lo único que habían hecho con mi boletín era agregarle su firma, sin cambiarle ni una coma.

Orgulloso de mi labor, en otra muestra palpable de mi ego, le comenté a mi Jefe de Información, que era Miguel Angel Sánchez de Armas, la desfachatez de los periodistas al publicar tal cual mi boletín y, el colmo, con su firma. Debido a la aparente indiferencia de Miguel Angel, le reiteré que lo habían publicado en primera plana. La respuesta fue un lacónico —mm, mm.

Sánchez de Armas era un reportero egresado de esa escuela involuntaria de periodismo que fue *El Día*. Después, luego del asesinato de Manuel Buendía, presidió la fundación que lleva el nombre del maestro y, entre otros cargos, estuvo en Información de la Presidencia de la República. Actualmente es coordinador de comunicación social del Partido Nueva Alianza.

Indignado por su respuesta indiferente, le dije nuevamente:

— Pero viste que nos publicaron en primera plana, ¿no se te hace notorio eso?

— ¿Por qué?—contestó sin levantar la vista de lo que estaba haciendo- es tu obligación hacer las cosas bien. Cuando las hagas mal te lo haré notar.

Una lección más al ego. Mi obligación era hacer bien las cosas todos los días, sin esperar recompensa por ello. Ésa era la escuela Buendía, pues trabajar con él lo obligaba a uno a dar el diez. Después cualquier jefe, por muy bueno que fuera, cuando mucho presionaba sólo al 6 o 7.

Incluso cuando dejé de trabajar con él, me recomendó con el entonces director del Instituto Nacional del Consumidor. Sin perder solemnidad, pero cordial, el maestro me preguntó:

— ¿Usted cómo se considera como periodista Fito? —Más o menos, le respondí. ¿Más o menos bueno o más o menos malo?.

- Más o menos bueno, reviré al maestro.
- Bueno Fito, vaya con el director y dígame que va de mi parte. Le harán una prueba, pero yo creo que sí la pasará. Manténgame informado. Sin voltear a verme firmó una tarjeta de recomendación, la extendió hacia mí y continuó sus actividades.

Cuando llegué a la oficina del director del Instituto, pude comprobar el prestigio y el respeto que infundía Manuel Buendía, pues el mismo funcionario salió a recibirme.

- ¿Qué tal don Rodolfo, cómo le va? Sorprendido por tanta caravana, sólo le repetí lo que ya sabía él, que iba de parte de Manuel Buendía y que me harían una prueba.
- ¡No, no se preocupe don Rodolfo, si lo recomienda don Manuel; él no se arriesga si no está convencido de que su enviado hace las cosas bien. Así que no le haré ninguna prueba, póngase de acuerdo con nuestro jefe de información y desde ya le pagaremos sus colaboraciones.

### **1.3 Después de Buendía**

Mi idea prejuiciada de maestrillo rural, ahora alejado de él, cambió por completo. Me di cuenta de lo mucho que dejé de aprenderle por tener la cabeza llena de humo. Pero ésa era parte de la llamada cuota que se paga en esta apasionante profesión y, en general en toda actividad profesional. Como dice la canción: “cómo se sufre a sí mismo un ignorante soberbio”. ¡Vaya cátedra de vida que me dio Don Manuel Buendía!

Mi paso por el INCO fue breve, pues surgió una oportunidad de incorporarme al ámbito académico en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán (ENEP-Acatlán), donde tuve la oportunidad de ser secretario técnico de la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva.

Estaba yo del otro “lado de la mesa”, pues no es lo mismo ser alumno que docente, empleado o funcionario académico. Al igual que en el periodismo, no es igual ser borracho que cantinero. En el primer caso, ya sea alumno, periodista o borracho, uno puede romper las copas, no entregar trabajos o abusar del cuarto poder y no hay problema o uno asume su propio riesgo.

La diferencia entre ser funcionario, personal de comunicación social o cantinero es muy marcada. En sí, debe aplicarse el principio de que el cliente siempre tiene la razón, aunque no la tenga.

Si de periodista algún jefe de prensa o subordinado me trata mal, me niega información o trata de obstaculizarme, deberá cuidarse de los ataques que no serán contra él, sino contra el titular de la dependencia o la propia institución.

Como cantinero, hay que aprender a lidiar con los borrachos para que se sientan a gusto siempre y, cuando haya conflicto, evitar que rompan copas, platos o mobiliario. Quien haya lidiado con la terquedad de un borracho entenderá mejor de lo que hablo.

En mi ámbito académico, la primera lucha fue tratar con los maestros para que tuvieran un horario adecuado a sus necesidades y disponibilidad. Claro, en mi caso sólo quedaba en la propuesta, pues el coordinador de la carrera se encargaba de negociar con las autoridades que tuviéramos éxito.

El siguiente paso consistía en programar la inscripción de los alumnos, pues de hecho todos deseaban apuntarse en determinada materia con profesores prestigiados, como Miguel Ángel Granados Chapa (qepd), Carlos Ramírez, Rafael Rodríguez Castañeda, Francisco Ponce, Mercedes Aguilar, Francisco Casanova o Julio Scherer, entre otros.

Como una de mis obligaciones era impartir clase, me decidí a probar con los alumnos de octavo semestre, quienes ya casi se sentían profesionales de la comunicación. Si me iba a estrellar, bueno hacerlo con un alto grado de dificultad. No cabe duda que sin la “experiencia Buendía” hubiera elegido a los alumnos de segundo semestre, quienes, lógicamente, por no tener aún suficiente formación académica aceptan de mejor grado las aportaciones del maestro. Indudablemente, sin proponérselo el ahora “catedrático universitario rural” iba a estar ligado a mi andar periodístico.

El día de inscripciones los alumnos que llegaban temprano tenían opción de elegir grupo, horario y maestro a “modo”. Sin embargo, conforme se llenaba el cupo, ellos tenían que inscribirse en mi materia, pues ya no cabían con alguna de las celebridades periodísticas.

Algunos alumnos, muy agresivos y de manera casi amenazante, me increpaban que no los inscribía donde querían porque yo le tenía celo a los maestros connotados y lo que buscaba como profesor era llenar mis grupos.

- ¡No manches Rodolfo, no seas mala onda, apúntame con Rafael (Rodríguez Castañeda, director general de Proceso). Lo que pasa es que tú le tienes envidia porque nadie se quiere inscribir contigo!
- Perdóname, pero si algo tengo que agradecerle a los maestros que ustedes prefieren es que por ellos se llenan mis grupos, pues al no haber cupo, no les queda más que cursar la materia conmigo. Lo que sí te garantizo es que ante mi poca experiencia laboral, no te podrás quejar de que conmigo sí verás teoría no tantas anécdotas profesionales.

No muy convencidos, los alumnos aceptaban inscribirse al grupo que quedaba, pero jugaban su última carta con la coordinadora, una excelente jefa y literata, Heidi Pereña Gili, quien enterada de la situación recibía a los alumnos y les hacía ver que era culpa de ellos por inscribirse a última hora, pero, en un detalle honroso para mí, les garantizaba que no se arrepentirían de estar conmigo.

Mi poca experiencia en el campo profesional la suplía con la teoría y los ejercicios que les ponía a los alumnos. Nuevamente, con el recuerdo de Manuel Buendía, aplicaba el principio perfeccionista previsor y la teoría la traía como se dice coloquialmente, al centavo. Respecto a los ejercicios, fijaba un determinado tiempo para realizarlos, pero con lo cuestionador de los alumnos, yo los redactaba previamente en menos tiempo, para demostrarles que sí se podía hacer como lo indicaba.

Cuando llegó la prueba, en el taller de redacción no faltó quien me calificara de arbitrario y recordara que yo deseaba vengarme de los alumnos por no haber optado primeramente por inscribirse conmigo. En una aparente acción concertada, uno de los líderes del grupo me dijo que no harían el ejercicio porque no se podía en el tiempo fijado. Incluso apostó a que ni yo podría hacerlo y amenazó con que todo el grupo se quejaría con Heidi Pereña.

Enemigo adoptivo de las apuestas, gracias a don Henrique González Casanova, un catedrático universitario de primera, con quien intenté cursar la maestría en mi primer intento de titulación, aprendí que una apuesta es un robo o una tontería, pues si yo sé de lo que hablo y apuesto, estoy robando al otro; en cambio si yo no tengo idea de lo que se trata e insisto en apostar, cometo una tontería.

La presión de que llegara un problema ante mi coordinadora y una gran dosis de ego, me llevaron a aceptar la apuesta con los alumnos.

— Está bien, pero les recuerdo que una apuesta es un robo o una tontería.  
¿Qué apuestan?

La oferta estaba más que pensada y el líder lanzó la moneda al aire:

— Haz tú el ejercicio y si no puedes en el tiempo que sugieres, me pones MB (La máxima calificación de entonces), y a quien decida unirse a la propuesta también, ¿sale?. Convencidos de que perdería, por supuesto que hubo más apostadores.

— ¿Y sí puedo, qué? ¿Los repruebo?, contesté.

— ¡Sale, pero tiene que ser publicable y en el tiempo que fijaste!, insistió el alumno.

Sin decir más, conseguimos a alguien que cronometrara el tiempo de redacción. Antes de empezar pregunté si no había más apostadores. De mi grupo de aproximadamente 40 alumnos no todos se sumaron, pues algunos ya sabían cómo desarrollaba mi programa de estudios y, de hecho, colaboraban conmigo haciendo su servicio social en la secretaría técnica.

Digamos que fueron unos 12 los que optaron por conseguir un MB de la manera más fácil, pues no creían posible que yo concretara el trabajo en tiempo y forma.

Una vez más recordé a Manuel Buendía con su característico:

— Fito, en este negocio nunca hay que perder el aplomo. Y no lo perdí, pues en menos tiempo de lo pactado terminé el ejercicio y lo mostré a mis apostadores. Con cara de desconcierto, pero con la esperanza de que mi trabajo tuviera errores o no fuera publicable, lo leyeron de cabo a rabo, le dieron otra lectura y al final reconocieron que el maestro había cumplido.

Las caras de desasosiego me provocaron risa interior, pues las actitudes de mis alumnos me recordaban mis desplantes con don Manuel Buendía. Ahora me tocaba a mí continuar las enseñanzas del maestro. Por supuesto, me fusilé la recomendación de no perder el aplomo en este negocio y les expliqué por qué no quería yo apostar: ni robar ni cometer tonterías.

He comentado que Buendía veía en sus alumnos cercanos a un hijo joven, que no tenía en ese entonces, ¡y vaya que volcaba paternalismo en quienes elegía proteger y proyectar! Algo similar sentía yo con estos alumnos rebeldes, pero se convencieron, no sólo con argumentos, sino con hechos, que a veces lo que uno supone imposible, el conocimiento, la determinación y una actitud de no competir con los demás, sino con uno mismo pueden lograrlo. Obviamente no los reprobé, pero tuvieron oportunidad de



mostrarse a sí mismos que podían superar sus limitaciones y acreditar la materia.

El paso por la academia me enseñó cuestiones de organización, de búsqueda de conocimiento y fue un laboratorio para poner en práctica lo aprendido con Manuel Buendía y en la Universidad.

Hasta ahora que lo escribo, me doy cuenta de la profunda huella que marcó en mí aquel maestro rural, a quien veía despectivamente con la errónea idea de que yo era un estudiante universitario y nada tenía que aprender de él.

Vaya chasco que me llevé al comprobar que quien se mueve como producto terminado hasta ahí llega, con el gran riesgo de que en esta profesión, como supongo que en cualquiera, hay que moverse con la mente como si fuera un paracaídas: sin ser técnico de la NASA, puedo garantizarles que si se lanzan al aire y no abren el paracaídas se estrellarán irremediabilmente contra el piso; así ocurre con la mente, si la cerramos no entra nada, pero hasta ahí llegaremos.

Buendía fue, en efecto, un modesto maestro rural pero con un espíritu de superación y de beber conocimiento envidiables.

Hay colegas que tienen otra opinión de Buendía y no es buena. Conozco muchas de sus andanzas y de sus desaciertos, pero para mí es más importante lo que aprendí de él, de su ejemplo perfeccionista, de su cordialidad, de su amistad y con eso me quedo. Sobre todo en nuestro gremio, donde mientras no ocurra alguna tragedia que afecte a un colega, somos como los cangrejos que un nativo recolecta en una cubeta sin taparla, hasta que llega un turista y le indica que se van a salir los cangrejos:

— No se salen, jefe. Son como nosotros, cuando ven que alguien asciende los demás lo jalen al fondo.

#### **1.4 La magia de la grilla**

Mi carrera académica fue relativamente breve, pues la ENEP me enseñó algo que forma parte de nuestra cotidianeidad, pero que por ignorancia o confort no lo vi en ese momento: la magia de la grilla.

Resulta que en alguna ocasión el director de la ENEP, el doctor Raúl Béjar Navarro, recientemente fallecido, invitó a todos los secretarios técnicos a comer, con el fin de convivir y saber cómo nos trataba la UNAM. En un ambiente de cordialidad transcurrió la reunión. Hubo bromas, brindis y excelente comida. Ahí pude comprobar que uno es dueño de las palabras que calla, y esclavo de las que pronuncia.

Relajado, afable e interesado por cómo nos sentíamos en nuestra responsabilidad, todos comentábamos que era casi “el cielo” nuestro lugar de trabajo. Ahí comprobé que los compañeros de Derecho eran como los plátanos: no había uno solo derecho. Zalamos, doblaban la cervix a la primera provocación y decían que sí a todo comentario del director, al grado de que el doctor Béjar los veía con incredulidad.

Cuando nos preguntó sobre cómo estaba el ambiente en nuestra coordinación, cometí el error de decir que con mi coordinador, José Ignacio Aceves, nuevo en el cargo, era como si fuéramos una sola oficina, pues los alumnos iban a verme en ocasiones más a mí que a él, porque encontraban solución a sus problemas y eso le descargaba trabajo.

No faltó el comentario de uno de los secretarios técnicos de Derecho, que abiertamente expresó ante el director que ya estaba yo promoviendo un aumento salarial. Vaya ignorancia de él, pues quien ha trabajado en cualquier institución sabe que los incrementos son por revisión anual y no a petición de los empleados. Además yo no promoví ninguna modificación en nuestras percepciones.

Otro comentario mío, a pregunta del director, motivó que en mi participación yo insistiera en que nuestra coordinación era como si tuviera dos coordinadores, pues los alumnos se sentían a gusto tanto con José Ignacio como conmigo.

Nuevamente una impertinencia de los secretarios técnicos de Derecho:

- Ya le quieres dar caballazo a Nacho. Mi respuesta fue muy simple:
- No confundamos los términos, yo estoy muy a gusto con la libertad que me da José Ignacio para colaborar con él a resolver problemas de los alumnos..

La comida concluyó como si no hubiera pasado nada. El director se despidió muy cordial de nosotros, en particular de mí, pues durante la reunión trascendió que yo tocaba guitarra y flauta. Al doctor Béjar le

encantaba también la música y me contó que el tocaba clavecín y un instrumento de aliento, cuyo nombre no recuerdo. Así, quedó de organizar una velada musical para convivir en otro ámbito. Si él se hubiera sentido molesto conmigo, me habría quedado sin invitación.

La comida se realizó un viernes. Para cocinar el conflicto bastó un lunes, y el martes, cuando nos dirigíamos a comer José Ignacio y yo, fuera la ENEP, en Plaza Satélite, noté en él un aire demasiado serio. Sin tener cola que me pisaran -o al menos así lo creía- le pregunté si tenía algún problema, pues sabía que su madre estaba delicada de salud y era una persona ya grande.

Las respuestas lacónicas me prendieron las luces de alerta. Pero no podía intuir por dónde venía el problema. Ya sentados a la mesa, José Ignacio me preguntó: — ¿qué pasó en la comida del viernes?  
— ¿Qué pasó de qué?, respondí.

El carácter de José Ignacio era muy reservado. Tenía escasa incursión en los medios porque las pocas veces que lo intentó, a la primera crítica de algún colega, renunció a mover la pluma. Tímido en exceso, inseguro en consecuencia, y refugiado en el ámbito teórico ése era el coordinador de periodismo de la ENEP Acatlán.

Con esa personalidad, era lógico pensar que él sólo aceptara subordinados que desaparecieran ante su presencia y le dejaran para sí la autoridad moral y la relación con los alumnos y, obviamente, con maestros, investigadores y autoridades.

— Mira —me dijo— yo entiendo que la gente tenga deseos de superación y, en tu caso, es lógico que aspire a la Coordinación, pero nunca con golpes bajos. Indeciso entre seguir disfrutando de mi sopa o repreguntar, opté por lo primero y me concreté a escuchar el resto de la plática.

— ¿Qué pasó con el director? Me comentaron que tú te promoviste y demandaste aumento salarial. Si deseas quedarte con mi puesto, ése no es el camino Rodolfo, y no es leal tu actitud.

Como escribí hace unos párrafos, el curso intensivo de grilla universitaria me abrumó. El reclamo de José Ignacio dio tiempo a que apurara mi sopa — de papa, por cierto-, pero demandó que me defendiera.

— No sé de qué hablas, pero por el inicio de tu argumentación, te diré algo: Yo tengo un concepto muy barroco de la amistad y a mis amigos, entre los que te incluyo a ti, no les hago muladas. Eso te dice todo. Ahora sí, me gustaría que me cuentes la versión que tú tienes de la comida.

— Algunos secretarios técnicos se quejaron de que tú le habías pedido aumento de salario al director y que te habías promovido como coordinador. Debo decirte que esto llegó a los oídos del coordinador general y te va a llamar.

— Mira José Ignacio, yo tengo muy claro cómo se dan los aumentos en la Universidad. Por lo mismo, aunque deseara un incremento, sé que no es posible por la revisión salarial. Lo que comenté es que, en mi caso, estaba muy a gusto con mi quehacer en la coordinación porque tú y yo atendíamos por igual a los alumnos, lo cual te desahogaba trabajo y te permite dedicarte a otras actividades y le agradecí al director por el ambiente laboral prevaleciente. Eso provocó de los secretarios técnicos de Derecho la versión de que yo te estoy dando caballazo, además de la promoción de aumento. Así ocurrieron las cosas y si eso no basta, te recuerdo lo que te dije de mi concepción de amistad.

La comida transcurrió con dos personas sentadas a la misma mesa, pero distantes una de la otra. Afortunadamente íbamos en mi coche, pues de no haber sido así, José Ignacio me hubiera regresado en taxi a la ENEP.

No se necesita tener un sexto sentido para intuir que estaba metido en un problema muy serio.

Al día siguiente, el coordinador general, ingeniero Ignacio Lizárraga, me mandó llamar. Le avisé a José Ignacio, quien siempre tenía el tic de frotarse el dedo pulgar y el índice. A mi aviso, la velocidad de frotación aumentó considerablemente. Supongo que él ya sabía el fin de la historia.

Al llegar a la oficina del ingeniero Lizárraga hice un poco de antesala. Mi cita era a las 11 y hasta las 11.40 me recibió, según él por tener cargada la agenda. Según yo, por no tenerla ordenada.

Me recibió con una sonrisa que pretendió ser cordial, pero conociéndolo sabía que era el preámbulo del final de mi etapa académica. Tratando de no perder el aplomo entré a su oficina, bastante desordenada para ser la de un coordinador general. Me invitó a sentarme mientras él hacía lo mismo en un sillón ejecutivo que se veía demasiado grande para su tamaño y su estatura académica.

En una actitud de romper el hielo y justificar lo que iba a decir, Ignacio Lizárraga inició su plática con la argumentación de que él también tenía hijos y que uno debería, por ellos, ser prudente ante las circunstancias. Será que yo soy muy directo y no me gusta andar con rodeos, le comenté que no entendía a qué venía ese ejemplo.

— Sí mira, yo tengo mis hijos y por ellos nunca me atrevería a hacer cosas y, mucho menos, a pedir clemencia a nombre de ellos. Mira, el director está muy molesto contigo por tu actitud y José Ignacio, ya te imaginarás lo que siente al enterarse de que le eres desleal..

— ¿A qué te refieres Nacho con eso? Déjame decirte algo: yo nunca he pedido nada a nombre de mis hijos y mucho menos piedad. Afortunadamente estoy joven y no se me cierran las puertas, pero ¿por qué dices que ambos están molestos y por qué me llamas desleal?

— No te voy a decir de dónde viene la versión, pero eso de promoverte con el director para la coordinación y tener el descaro de pedirle aumento es una conducta que merece una sanción ejemplar. Te repito, entiendo que tienes hijos pequeños, pero no se puede pasar por alto. Tendrás que retirarte de la secretaría técnica. Ciertamente, como viene el fin del semestre, te doy de plazo para que encuentres a donde irte y cumplas con tu responsabilidad docente. Lamento esta situación y te deseo lo mejor.

Anonadado es la palabra correcta para definir como me sentía. Afortunadamente, sin perder el aplomo, agradecí al coordinador general su benevolencia de permitirme concluir el semestre y tener un colchón para buscar trabajo nuevamente. La diferencia entre lo que decía y lo que pensaba al interior era abismal, porque en el curso intensivo de grilla mi calificación había sido NA (No acreditado). Ganó el rumor.

De regreso en mi oficina, empecé a redactar mi carta de renuncia al director, en la cual aproveché para contarle el juego de teléfono descompuesto en que se había convertido la comida y mis comentarios. Le agradecí su apoyo y dejé abierta la posibilidad de encontrarnos en nuevos caminos profesionales.

Caballeroso, como era el doctor Béjar, me respondió con otra carta –que conservo- en la cual expresaba que se había sentido muy a gusto en la comida y que él nunca había percibido la actitud que me achacaban mis compañeros y lamentó mi partida, al tiempo que me deseó éxito en mi próximo trabajo.

Por supuesto que esa carta se la hice llegar a José Ignacio, con toda la mala leche de que soy capaz. Me dio gusto ver cómo, al leerla, se aceleró su tic, ya que él pensó en una posible reacción del director contra él. A ese grado era de inseguro y lo demostró al no defenderme, pues de él dependía que yo me quedara. Para su inseguridad era más fácil deshacerse de

alguien que sentía le hacía sombra. Mi problema ahora consistía en encontrar un nuevo trabajo. Y así ocurrió.

La ayuda provino de otro de mis ángeles de la guarda: Mercedes Aguilar Montes de Oca, excelente amiga, periodista con amplia experiencia, con una gran dosis de ironía y, dado su puesto como directora de comunicación social en la secretaría de Gobernación, tenía todos los contactos del mundo.

Fue ella la responsable de mi incursión en el mundo reporteril y, de hecho, mi ancla para atender la tarea de cubrir las fuentes. Lo digo porque cada vez que se me atoraba algo le llamaba y, siempre con diligencia pero con ironía, me proporcionaba teléfonos de jefes de prensa y me pasaba tips de lugares donde se reunía determinada fuente que me tocaba cubrir. Así hice mi primer directorio de colegas y funcionarios de oficinas de comunicación social y titulares de instituciones.

A Mercedes le tocó saber la razón de mi salida de la ENEP Acatlán, pues ella daba clases ahí y era muy amiga de José Ignacio. Aunque lo apreciaba, me concedió la razón en que por su inseguridad él había aprovechado la oportunidad de deshacerse de mí.

— Pero mira González —así me decía— yo creo que ya era ocasión de que volaras de ahí, pues ya no ibas a aprender más. Ahora es momento de demostrarte qué tanto te gusta la profesión y de poner en práctica la teoría.

— Bueno, Mercedes, yo pienso...

— ¡No presumas, jajajaja, pero qué piensas, interrumpió con su ironía característica.

— Estoy de acuerdo en que ya era tiempo de probar algo nuevo, pero lo que me molesta es la forma en que se dio. Con tanta grilla y tergiversando lo que yo dije, comenté.

— Cuidado con la sensibilidad a flor de piel, pues el medio no es fácil y tienes que aprender a digerir situaciones desagradables, que serán más complicadas que la grilla universitaria, me advirtió Mercedes. La realidad, mi querido amigo, es intransigente y estés o no de acuerdo con ella, ¡así es!.

Consciente de mi inexperiencia en el reporteo, Mercedes asumió el papel de mi propio Centro de Inteligencia y Seguridad Nacional (CISEN). Mientras yo descollaba estuvo dispuesta a ayudarme y facilitarme el despegue de la manera menos accidentada posible.

Una vez encarrilado como reportero, decidí cerrar un círculo pendiente de agradecimiento y reconocimiento a mi maestro, don Manuel Buendía.

Instalado como columnista de *Excélsior*, con su Red Privada, y firmando con su nombre, lo localicé en su oficina, gracias a un ex compañero y mejor amigo: Luis Soto, quien era su secretario ejecutivo, memoria periodística y un aliado insustituible. Mucho de lo que es hoy, como columnista del periódico *El Financiero* y comentarista de *Televisa*, seguramente lo aprendió con él.

Afable como era, el maestro respondió mi llamado.

— Fito, ¿cómo está? ¿Dígame en que puedo servirle? ¿Dónde anda ahora?

— Estoy en Notimex, maestro.

— ¿Y qué hace ahí, porque no se va a una redacción de verdad?, jajajaja. No, en serio, es una buena oportunidad para usted y ya sabe que le deseo lo mejor y en lo que se pueda, avíseme y con mucho gusto le ayudo. ¿Qué se le ofrece?

— Señor, quería...

— ¿quería o quiere? —interrumpió con su espíritu perfeccionista-

— ¡Quiero señor!, invitarlo a comer., ¿Cuándo tiene tiempo? Me interesa platicar con usted, como dicen los franceses, tete a tete, frente a frente.

Hizo una breve pausa para consultar su agenda.

— ¿Qué le parece el 24 de mayo, a las 15 horas en el Konditori de la Zona Rosa?.

— Me parece bien, maestro.

— Bueno, ya lo apunté, nos vemos el 24, saludos a la familia. Gusto en saludarlo Fito.

De 1976 a 1984 habían pasado muchas vivencias y aventuras en don Manuel. Ya se le veía la edad en canas, con una calvicie incipiente y en su andar más pausado. Su cuerpo reclamaba encorvarse. Lo que no cambió fue su elegancia, pulcritud, buen trato y excelente conversación.

El ambiente de la comida fue muy agradable y don Manuel, paternal como era, expresó su gusto por mi desempeño como reportero ahora.

— Finalmente dejó de aprender por correspondencia, ¿verdad? ¡Qué bueno, me da mucho gusto. ¿Se acuerda de sus inicios conmigo, cuando parecía gelatina de los nervios incontrolados?

— Así es maestro y el motivo de la comida fue para agradecerle todo lo que me enseñó y reconocer ante usted lo mucho que, seguramente, dejé de aprovechar por mi soberbia. Le confieso que me enfadaba que alguien, a

quien yo consideraba sin mayor formación que la de un profesor rural, me hiciera cuestionarme lo aprendido en la Universidad.

— No se preocupe Fito, usted no es el único egresado de escuelas de periodismo que desea hacer a un lado a todos los llamados improvisados como yo. Sin embargo, cuando se dan cuenta de que no somos tales y tenemos algo que no se regala, sino que es recolección cotidiana, como es la experiencia y el gusto por aprender día con día, la relación con los “comunicólogos” se suaviza. Y así ocurrió con usted. Nada hay que agradecer, Fito. Usted ha cumplido con su cuota de aprendizaje y aplomo, como le dije. Le apuesto a que ahora ya no lo atropellan las circunstancias, ¿verdad?

— No señor, ya es menos la tensión, pero siempre hay algo de preocupación, le dije.

— ¡Perfecto!, pues el día que deje de sentir tensión o cierta angustia frente a la máquina para redactar la nota, ese día usted estará muerto, física o profesionalmente. Me da gusto verlo, en serio, ya más formado y menos tenso. ¿Sigue con el karate?

— Sí señor, respondí.

— ¿Y qué grado tiene ahí?

— Ya obtuve la cinta negra en karate coreano, pero me ha gustado y he incursionado en otras técnicas como la japonesa y china. Bien, ha sido como mi psiquiatra para manejar la tensión. ¿Y usted, sigue apasionado por las pistolas?

— ¡Por supuesto, Fito! Eso me va acompañar siempre. Mire, por mi labor y los temas que manejo, sé que un día me van a matar. Pero sí de algo estoy consciente es de que quien lo intente deberá hacerlo por la espalda; si lo hace de frente, por lo menos me lo llevo a él.

En efecto, Buendía era un excelente tirador y llegó a competir, a invitación del ex presidente José López Portillo y del ex director de PEMEX, Jorge Díaz Serrano, en secuencias de tiro con ellos y a ambos les ganó.

Durante la comida me contó dos anécdotas. La primera, cuando llegó a la residencia oficial de Los Pinos, a invitación de López Portillo, quien gustaba de tirar. Desde su llegada, el maestro Buendía respetó las normas y dejó su coche enfrente, en el estacionamiento que había antes de que Miguel de la Madrid modificara la estructura de la Residencia.

Buendía tomó el estuche de la pistola y cruzó la calle para entrar a Los Pinos. Una vez que se identificó caminó hacia el lugar de su cita con López



Portillo. En ese momento, un elemento del Estado Mayor Presidencial lo alcanzó y jadeando le preguntó dónde había dejado su auto.

— Enfrente, respondió el maestro.

— No don Manuel, suplicó el militar. ¡Permítame las llaves de su vehículo, porque si el presidente se entera de cómo entró usted, me arrestan! ¡Un momento, por favor!

Ya instalados en la competencia -contaba Buendía con mucho ánimo- el presidente falló un tiro y su edecán militar, quien llevaba el marcador en una especie de cuentas de billar, empujó una bola como si López Portillo hubiera acertado.

Era muy conocida la afición que tenía el habitante de Los Pinos para lograr que la gente le regalara objetos. Él halagaba, por ejemplo, la pluma de alguien y esa persona, como deferencia se la regalaba. Así lo hizo con la pistola de Manuel Buendía.

— ¡Qué bonita arma, don Manuel!

— Se la presto, señor presidente. Tire con ella, y se la ofreció para que la calara.

Poco tiempo después, al concluir la sesión, el presidente preguntó el marcador final.

— ¡Empate, señor presidente!, respondió el edecán.

— ¿Cómo ve don Manuel, estuvo bien la sesión, verdad?

— Sí, salvo que me vaya usted a ganar por decreto, señor presidente. Usted falló un disparo y yo ninguno. ¿Recuerda?, y su edecán militar lo dio por bueno. Pero si es así, nada tengo que decir.

— Mmm, sí es cierto, don Manuel. Corrijale oficial! De todos modos, fue una buena sesión. Gracias por venir.

— Gracias, señor presidente. ¿Me permite mi pistola? Reclamó Buendía.

— ¡Ah sí!, que buena arma don Manuel, gracias por prestármela.

— Por nada señor presidente, cuando se le ofrezca. Procedió a guardarla en su estuche y se retiró de Los Pinos.

Con Jorge Díaz Serrano, titular de PEMEX y a quien Manuel Buendía traía como tema recurrente en su columna, éste lo invitó a una sesión de tiro para discutir algunos temas y limar asperezas. Sin embargo, el ingeniero no estaba de muy buen humor y la competencia comenzó muy tirante.

— Escoja arma, señor Buendía. ¿Rifle o pistola?

— Lo que usted elija, ingeniero. Usted es el anfitrión, respondió Manuel.

— ¿Que sea escopeta! Usted inicia, don Manuel.

— Perdóneme, pero a quien le corresponde poner tiro es a usted. Yo estoy en su casa, contestó Buendía.

— ¿Tiene miedo? ¡Está bien, yo pondré tiro!, respondió Díaz Serrano malhumorado.

Era tal la tensión que había que al poner tiro, Díaz Serrano no se percató y la escopeta con la que tiró reculó y él erró el blanco.

Irónico como era, Manuel Buendía criticó el error de Díaz Serrano.

— ¡Ay ingeniero, deberían haberle enseñado que esas armas dan patada y exigen del tirador aplomo para tirar. Ni modo, ya falló un disparo. Y así se fueron hasta que, nuevamente le tocó a Manuel Buendía ser el ganador.

Envalentonado por su triunfo, el maestro ironizó y realizó un disparo en el cual se colocaba de espaldas al blanco, caminaba y de repente, sin voltear la vista, tiró y, para sorpresa de Díaz Serrano, dio en el blanco. Ése era conocido como tiro Azteca.

Molesto, el director de PEMEX increpó a su edecán militar:

— ¿Por qué no me han enseñado ese tiro?

— ¡Aaaayy, ingeniero, a usted le enseñan a tirar soldados; a mí me enseñaron matones. Ese disparo no lo conocen ellos, pero con gusto se lo puedo enseñar cuando tenga tiempo. Gracias por su invitación. Y Buendía abandonó, muy dueño de sí, el stand de tiro del Ingeniero.

Así, entre anécdotas de él y mis escasas vivencias profesionales transcurrió la comida, hasta que llegó el momento de pedir la cuenta. Cuando el mesero llegó con ella, el maestro Buendía pretendió pagarla, pero tuve que casi arrebatarla, al tiempo que le explicaba:

— Permítame pagar yo. Esta comida, como le dije, fue para agradecerle todo lo que me enseñó conscientemente y lo que yo aprendí con la reflexión. Gracias, maestro, por indicarme el camino, enseñarme a disfrutarlo y percatarme de lo mucho que hay que aprender de gente como usted. Gracias en verdad don Manuel.

— Bueno Fito. Así no me queda más que aceptar que, por hoy, pague usted. Pero quiero emplazarlo a que nos veamos para comer el Día de las Mulas...y no es alusión personal. Nada más que ahora el que invitará seré yo. ¿Le parece?

— De acuerdo, maestro. Nos vemos el Día de las Mulas. Gracias por todo. Manuel Buendía no llegaría a la cita. Fue asesinado, por la espalda, el 30 de mayo de 1984.

## 2. Periodista sin suerte no es periodista

En este capítulo se relata lo importante del factor suerte en el quehacer periodístico. Narra la relevancia de estar en el lugar exacto en el momento preciso para que no se nos vaya la nota. La suerte, aunada al instinto periodístico y la formación garantizan el éxito del reportero.

### 2.1 Fabricante de noticias

Dice el refrán que “periodista sin suerte no es periodista”. Eso lo comprobaríamos un querido amigo y colega, Raúl René Trujillo (qepd), quien en la época de los 80 cubría presidencia para *24 Horas*, de Jacobo Zabłudovzky, y yo.

Joven, de espíritu festivo, Raúl generalmente llegaba tarde a los eventos, confiado en que sus amigos le pasaríamos “la cosecha”, como se llama en el gremio a la información recopilada por los reporteros, la cual se fotocopia y comparte con quienes no están en el momento de algún acto. Ese día comenzamos las actividades con un desayuno del presidente Miguel de la Madrid Hurtado (1982-88) en el Campo Militar Número 1, con miembros del Ejército Mexicano. Más tarde saldríamos de gira a Acapulco.

Compartí la mesa de desayuno con otro entrañable amigo y mejor periodista, Vicente López Segura, quien en ese entonces era reportero del *Núcleo Radio Mil*. Estaban también, Víctor Suberza Blanco, de *Radio Red*, Rogelio Navarro, de *Grupo Radio Centro*, Leticia Rocío Hernández de la agencia *Informex* e Irma Rosa Martínez, de *Grupo ACIR*.

Previamente habíamos entrevistado al procurador general de la República, Sergio García Ramírez, dado que estaba fresca la información del asesinato del agente de la DEA (2) (Drug Enforcement Administration) o la agencia de drogas estadounidense, Enrique Camarena y su piloto, Alfredo Avelar, por parte de elementos del cartel de Guadalajara, integrado por Rafael Caro Quintero, Ernesto Fonseca “Don Neto” y Miguel Ángel Félix Gallardo, un cuatro de abril de 1985.

(2)El asunto Camarena resultó de un encuentro muy turbio del agente de la DEA con Rafael Caro Quintero, jefe de la narcomafia, quien había logrado, construir un imperio, en compañía de Ernesto Fonseca, en lo que entonces se llamó el Cartel de Guadalajara. Este caso llegó a tensar las relaciones entre México y los Estados Unidos de América.

La investigación del agente de la DEA llevó a catear una propiedad en el estado de Chihuahua, lo cual permitió el decomiso de unos dos mil millones de dólares en droga. Como respuesta, Caro Quintero secuestró y torturó a Enrique Camarena y al piloto Alfredo Avelar, quienes fallecieron y sus cuerpos fueron encontrados más tarde. El homicidio concluyó con La prisión de Caro Quintero, Don Neto y Miguel Angel Felix Gallardo, otro capo del cartel de Guadalajara.

Cuando se integró a la mesa Raúl René, preguntó cuál era el menú noticioso. En son de broma le comenté que García Ramírez nos había hablado del caso Camarena.

— ¿Y qué dijo Chino? (así me decía)

— Que iba avanzada la investigación y que existían unas grabaciones en las cuales se escuchaba a los captores del agente cómo lo torturaban.

— ¡Te cae?!

— Sí cabrón y que se escuchaba como el agente de la DEA pedía clemencia a sus secuestradores.

— ¡Es un notón! ¿Y qué más hubo?

— No te preocupes Raúl, lo importante es llegar tarde, pero sin sueño, bañado, bien vestido y perfumado. Aquí estamos tus lacayos para proveerte de información.

Entre bromas y ocurrencias transcurrió el desayuno. Al término de éste, nos tocó abordar los autobuses que nos llevarían al Aeropuerto Internacional Benito Juárez.

En el trayecto, Raúl René me preguntó si yo tenía sonido del Procurador. Le respondí que sí.

Llegando a Acapulco Raúl se adelantó a la sala de prensa con la intención de mandar su información para la primera edición de 24 Horas.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando escucho y veo a Jacobo anunciar una primicia. Con su conocido acento gutural, el maestro Zabludovsky le dio crédito a Raúl René Trujillo. En ese momento no entendí cuál sería la primicia y, mucho menos, que la tuviera Raúl. Lo único que él tenía a la mano era nuestra cosecha y en ella no había ninguna nota de las llamadas de “paren máquinas”, conocidas así por su trascendencia.

Cuando Raúl empezó a comentarle a Jacobo acerca de la entrevista con el Procurador y la existencia de las cintas en las que se escuchaba la tortura al agente de la DEA, casi se me paralizó el corazón.

— ¡Pinche Raúl! ¡Vicente!, ¿ya oíste a este güey? ¡No chingues, se clavó gacho!

- ¡Pinche Rudy, tú lo clavaste!”, aclaró Vicente.
- ¡No, pero yo estaba bromeando y a ustedes les consta! Además, él me preguntó si yo tenía sonido de García Ramírez, no de la entrevista ficticia.
- A ver cómo le va con Jacobo.

Pocos minutos después apareció Raúl René, decidido a no perder más horas sol, playa y trago. Vicente y Víctor le aclararon la situación y el color de su piel cambió, al tiempo que se dirigió hacia mí para reclamarme.

- ¡Pinche Chino cabrón! ¿Entonces no era cierta la existencia de las cintas? ¡Tú me dijiste que tenías sonido?.
- Yo te dije que sí tenía sonido de la entrevista que le hicimos al Procurador, pero no de lo de mi broma.
- Pues a ver cómo nos va al rato que se entere Jacobo. Pero si me corren, tú te vas conmigo, pues yo voy a decir que tú me pasaste la nota.

Por supuesto que Raúl René ya no se fue a la playa, pero sí apuró los tragos, como si esperara que Jacobo no sólo lo suspendiera, sino que lo pusiera al frente de Televisa, pero en la otra acera.

Cuando llegó la hora del noticiario 24 Horas de la noche, Raúl se fue a su cuarto y nuevamente lanzó la advertencia:

- ¡Reza porque no haya bronca Chino!

Confieso que nunca había observado un noticiario con tanta atención y ansia por saber qué diría el Procurador a Jacobo por la falsedad de una noticia, cuya trascendencia era, además, internacional.

Al dar el avance noticioso, Jacobo incluyó nuevamente la nota de Raúl René y, lo peor, la manejó como su material más importante. No entendía qué pasaba. Quizás, por el prestigio de Jacobo y de su noticiario, García Ramírez prefirió no hacer aclaración alguna. Mi cabeza se salvó y Jacobo pasó a la posteridad ese día con una información falsa e inventada por mí.

Minutos más tarde, Raúl René nos alcanzó en el restaurante donde cenábamos y llegó de excelente humor.

- ¡Triunfamos Chino!, no me correrán. Jacobo abrió con mi nota. ¡Tuviste suerte cabrón!

Al día siguiente de regresar de la gira, Raúl René recibió una llamada del Procurador en la sala de prensa de Presidencia. Una vez más los nervios se apoderaron de él ante la inminente reclamación del funcionario.

— ¡Hola Procurador! ¿Cómo te va? ¡Aquí cubriendo al presidente! ¿Tú cómo estás?

Como chicos que han hecho una travesura y están a punto de ser descubiertos, Vicente, Víctor y yo escuchamos atentos la conversación entre Raúl y García Ramírez, en espera de ver a qué hora venía el reclamo.

En un momento de la conversación escuchamos que Raúl le dijo

— ¿a poco no existían las grabaciones?

— ¿Ya ves procurador? Las ventajas de tener contactos.

— ¡Gusto en saludarte. Un abrazo Sergio.

Ahora los que no entendíamos éramos nosotros. Poco debimos esperar, pues Raúl René me dio un abrazo, al tiempo que decía:

— ¡Pinche Chinito, triunfamos! ¿Cómo sabías de las grabaciones?

— ¡Yo no sabía nada Raúl! Fue una invención mía. ¿Qué te dijo el Procurador?

— Que las grabaciones sí existen. Incluso ya le enviaron una copia a la DEA y me confirmó que sí se oían quejidos de Camarena y el piloto mientras los torturaban. Quiso saber quién era mi fuente de información, pero no te iba a clavar Chino.

— ¡Nos salvamos, pero no mames, no inventes! Lo que sí me precisó es que con mi nota se adelantaron los acontecimientos, pues la DEA insistió en conocer las grabaciones.

— A ver cuándo me inventas otra exclusiva Chinito, jajajaja.

Por supuesto que Vicente y Víctor, Lety e Irma lamentaron no haber transmitido mi nota inventada. Debo confesar que yo también, pero lo que más me sorprendió fue la importancia de la suerte periodística, evidenciada en esta narración.

Aunque, en efecto, Raúl René se puso en riesgo por creer una nota tan delicada, sin confirmar la versión, al final fue sólo él quien se llevó el mérito al transmitirla a nivel nacional.

La afortunada e increíble existencia de las grabaciones salvó a mi amigo y a mí, pero significó que Víctor, Vicente, Rogelio, Lety, Irma Rosa y yo perdiéramos un notón. Quizás convenga, a veces, llegar tarde a los eventos pero sin sueño, bañados y bien peinados. ¡Suerte te dé Dios, que el saber poco te importa!

## 2.2 Ventajas de hablar otros idiomas

En este negocio la importancia de los idiomas no era fundamental, en los inicios de los 80, pero sí me ayudó, y mucho, en el desempeño profesional. Prueba de ello fue mi primera experiencia de gira internacional.

Cuando comenzaba a reportear mis inicios fueron en la agencia estatal Notimex, cuyo director era don Pedro Ferriz Santacruz y el jefe de información, Octavio Magaña Campuzano.

Como Octavio había sido amigo y colega de reporteo con Mercedes Aguilar Montes de Oca, quien en ese entonces era la titular de Comunicación Social de la Secretaría de Gobernación, y ella me recomendó con él, había cierta deferencia conmigo.

Una tarde de finales de octubre me llamó para preguntarme qué tal era mi inglés.

Ya en confianza con él, me fusilé una frase que le escuché en alguna ocasión al cantante y actor Enrique Guzmán: “el inglés yo no lo hablo; ¡lo bordo”!, para evidenciar mi dominio del idioma.

— ¡No mamut..., me respondió Octavio.

— ¿Puedes entrevistar en inglés?

— Sí, contesté.

— ¡Bueno, pues te vas a Washington a cubrir las elecciones! ¿Tienes pasaporte?

Ahí empezaron los problemas. No disponía de ese documento. Mis salidas más lejanas habían sido a Veracruz para visitar a unos parientes.

— No importa, te lo tramitamos e igual la visa. En este caso pude comprobar las ventajas de realizar trámites, amparado en el llamado Cuarto Poder, atribuido a los medios de comunicación. Contar con pasaporte y visa fue de lo más sencillo y así estuve listo para viajar a mi primera gira internacional.

El inglés se convirtió en mi pasaporte real, dado que mis compañeros en la agencia no sabían nada de esta lengua.

Supongo que todos los que reportamos, y en alguna ocasión salimos al extranjero, queremos hacerlo de la manera más adecuada y disimulando que es nuestra primera vez.

No recuerdo cuántos dólares me dieron para cubrir gastos en la capital administrativa de Estados Unidos. Sí tuve muy presente que una de las advertencias de Octavio fue:

— ¡No salgas solo en la noche y procura llevar poco dinero. Sobre todo, no transites por la calle 14.

Como ocurre con toda sugerencia de no hacer algo, ésta se convirtió en una invitación para intentarlo. La curiosidad me demandaba salir solo y, por supuesto, deambular por la calle 14. Así lo hice.

Previo al viaje, como émulo de la Familia Burrón, tira cómica creada por Gabriel Vargas, mi familia me fue a despedir al Aeropuerto. Justo ahí, me percaté de un pequeño detalle: ¡Había olvidado el pasaporte! Un primo político se movió lo más rápido posible para traerme el documento y evitar que yo perdiera el vuelo.

Pese a sus esfuerzos, el avión se fue sin mí. ¿Y ahora qué?

Afortunadamente pude conseguir una conexión en Eastern Airlines, sólo que esa línea hizo escala en Orlando, donde tuve que pasar la noche. Ignorante de las normas y procedimientos, presionado por la pérdida de mi avión, decidí que no extraviaría las maletas y me quedé a dormir en el aeropuerto aferrado a mi equipaje, sin saber que lo podía haber documentado y dormir sin preocupaciones.

Pero los americanos, a diferencia de los mexicanos, son más de normas y no se meten a ayudar a nadie si no son requeridos. Además, la pérdida de más de 300 dólares por la compra del nuevo vuelo, disminuyó mis recursos para el resto del viaje y lo que menos deseaba era sufrir una nueva merma.

Por la mañana, abordé el vuelo de conexión que me llevaría a Washington. Afortunadamente, Octavio me había mandado con anticipación, quizás previendo que me ocurriría una situación de novatada.

Ya en la ciudad, averigüé dónde quedaba el Centro de Prensa y busqué un hotel cercano, creo que fue el Holiday Inn. Curiosamente se ubicaba en la calle 14, a unas cuadras del Centro, también localizado en la misma vía.

Un elemento invaluable en mi experiencia periodística fue Jeanette Becerra Acosta, quien vivía en Washington como corresponsal de *Uno más Uno*. El caso es que me vio la P...de principiante en la frente y, muy solidaria, se dispuso a ayudar a un paisano y colega en apuros.



Una vez instalado, y conocida la logística para cubrir la información, regresé a mi hotel a pie. Cuando caminaba se me acercó una pareja de jóvenes negros y uno de ellos me murmuró al oído:

— You got a nice ass. (“tú tienes un lindo trasero). Sorprendido por lo inesperado del halago y, más aún, por la insinuación masculina, voltee hacia mi interlocutor y le pregunté:

— Beg you pardon? (¡Perdón?) Con igual, o mayor, aplomo, el negro repitió:

— I said you got a nice ass! (¡Dije que tienes un lindo trasero!

Convencido de sus intenciones, sólo atiné a darle las gracias, apuré el paso y cambié de acera.

Desacostumbrado a que chulearan mi trasero y más alguien de mi mismo sexo, lo tomé con filosofía, pero también con innegable preocupación.

Sin embargo, la calle 14, como si se lo propusiera, había decidido mostrarme todos sus atractivos. En la otra acera conocí la zona de películas porno, videos y, en esa época, las llamadas sex shop, prácticamente desconocidas en México, así como las prostitutas.

Dicen que la curiosidad mató al gato. Ahí entendí por qué. Si ya estaba en el lugar y frente a la situación decidí echar un vistazo a una tienda de videos. Para mi buena suerte, era atendida por quien resultó ser un paisano de Veracruz.

— ¡Pásale amigo! ¿De dónde vienes?, preguntó.

— De México, contesté.

— ¿Y qué haces por acá paisano? Yo soy de Veracruz. ¿Quieres ver una película?

— No, la verdad no. Entré por pura curiosidad

— Si quieres, anímate. No te preocupes, yo pago. Ve una película. La casa invita paisano..

La verdad sí me daba curiosidad un material poco accesible en nuestro país. Así, acepté su propuesta de gratuidad. El área de proyecciones consistía en pequeñas cabinas cubiertas de tela por todos lados. Era como estar frente a una maquinita de juegos.

Cuando empecé a ver mi película, escuché que en otras cabinas alguien jadeaba y otro maldecía y pronunciaba groserías. Los jadeos subieron de tono y luego de uno o varios gritos y gemidos, todo quedó en silencio.

En realidad no sé qué estarían viendo mis vecinos, pero mi película, supongo, no les hubiera producido la misma emoción. Al terminar, salí de la cabina y le comenté al paisano el espectáculo de los jóvenes que estaban a mi lado.

— ¡No hagas caso paisano! Estos cuates vienen seguido a excitarse y muchas veces se masturban ahí, pero tu lugar, como todos, estaba limpio. Cada que se desocupa una cabina limpiamos y desinfectamos. ¿Qué te pareció?

— ¡Pssss, prefiero hacerlo que verlo! Gracias por la invitación. Nos estaremos viendo.

— ¿Cuándo te vas, preguntó el encargado.

— Voy a cubrir las elecciones presidenciales y me quedaré unos días después del proceso.

— Por aquí paso a saludarte. Gracias de nuevo.

Ya casi para anochecer, luego de tomar un pequeño refrigerio, regresé a mi hotel. Pero la calle 14 me tenía reservada otra sorpresa. Recuerdo que caminó hacia mí una mujer de raza negra, guapísima, de muy buen ver y quizás de mejor tocar. Me sonrió, se acercó y me tomó del brazo, al tiempo que murmuró en inglés.

— Do you want to go somewhere”? (¿Quieres ir a alguna parte?), preguntó.

— It's only 50 bucks. (Sólo cuesta 50 dólares). ¡Vaya desilusión!, no era mi sex appeal ni mi aire latino. Simplemente era una propuesta clientelar.

Agradecí su oferta y proseguí la marcha. El hotel ya estaba cerca.

Para ser un primer día, mejor dicho, una primera tarde, la experiencia fue enriquecedora y movida. Ahora había que pasar nota a la Agencia.

Las condiciones para transmitir la información con oportunidad en los ochentas distaban mucho de las ventajas actuales del teléfono celular, la videoconferencia, el blackberry, información vía satélite, laptop, tablets, ipods y todas las novedades tecnológicas que existen hoy. Para nosotros era dictar por teléfono, aunque desde Washington resultaba muy oneroso y tardado.

Mientras el centro de prensa estaba abierto, no había problema pues ahí contaba con fax. Sin embargo, la información trascendente ocurría por la tarde noche, cuando el teléfono se convirtió en la única herramienta disponible en el hotel.

Ya encancho y con la disciplina de redactar diariamente, contra reloj y en situaciones desventajosas, muchas de mis notas enviadas desde Washington se fueron al hilo; es decir, por su trascendencia eran transmitidas a los suscriptores nacionales e internacionales y, contra lo que ocurría con el resto de las notas de la Agencia, aquí sí llevaban mi firma. Ignoro cuántos diarios o medios me publicaron.

Octavio Magaña, pese a ser amigable, siempre tenía una vena irónica, pero a pesar de todo en alguna ocasión que dicté una nota, tomó la bocina, supuse que para regañarme.

— ¡Qué tal Rodolfo! ¿Cómo sientes el ambiente?

— ¿Crees que podemos hacer una nota analítica en la cual podamos vislumbrar quién ganará y con qué margen? Como casi todo el día me la pasé recibiendo avances de las elecciones en cada estado y como era muy notorio que Ronald Reagan ganaría ampliamente, reconocí que sí se podía hacer lo que me pedía Octavio.

— Bueno, nada más no vuelas demasiado.

— ¡No especules, sólo básate en la información que tengas, pero es importante que la tengamos lista para soltarla antes o en víspera de que ya se sepa el resultado.

— A propósito, felicidades. Has hecho un buen trabajo y la verdad no lo pensé, pues la única ventaja que veía en ti era el dominio del idioma, pero me preocupaba tu gran dosis de inexperiencia.

— Bien hecho, nos veremos por acá y no te preocupes por la pérdida del vuelo. Acá lo arreglamos.

— ¡Éxito y adelante!. Conste que te digo éxito y no suerte, pues ésta última sólo se le desea a los pendejos y tú ya te vacunaste contra ese malj.

Confieso que esa llamada, luego de la preocupación, fue un bálsamo para mi ego. Después de todo, a pesar de las vicisitudes me había dado de alta como reportero.

### **2.3 Periodista vuelve a nacer**

Una definición de suerte es estar en el lugar adecuado, en el momento correcto y la situación precisa. La vida me daría oportunidad de comprobarlo a un precio muy elevado.

Pese a que mi cumpleaños es un 24 de septiembre, mi fecha real de nacimiento es el 19 de septiembre de 1985, el día del terremoto que sacudió a México, particularmente al Distrito Federal.

Durante mi época como director de Noticias de *Organización Radio Fórmula*, tuve oportunidad de realizar varios viajes internacionales como reportero de la fuente de la Presidencia de la República.

Así, desde junio de 1985 surgió un viaje a Europa, como reportero de la fuente de la Presidencia de la República y cubriendo información para *Notifórmula*, como se llamaba nuestro noticiario.

Entre finales de junio y principios de julio, del mismo año, hubo una invitación del gobierno de los Estados Unidos de América, para jefes y directores de noticias de estaciones de radio en México. Lógicamente no era un evento al que se pudiera mandar un suplente.

Debo precisar que nuestro periodo vacacional se programaba desde principio de año y el mío ocurría en el mes de agosto, para juntar las vacaciones de mis hijos y mi esposa. Las reservaciones, por tanto, se realizaban con anticipación y, en este caso más, porque se trataba de un viaje a Cincinnati, Estados Unidos, a invitación de unos amigos.

Aunque ya tenía ahorrado un dinero para las vacaciones, con los viáticos de la gira a Europa y la de Estados Unidos, pude disponer de más capital.

Respecto a mi periodo vacacional, éste como desde hacía cinco años, había sido autorizado debidamente. Sin embargo, no sé qué bicho picó al gerente de Radio Fórmula que al regresar del viaje por Estados Unidos me informó que mis vacaciones se cancelaban.

— Has viajado mucho y necesito que estés en la oficina.

— Señor, a usted le consta que no son viajes de placer, sino que fueron jornadas de trabajo, promoción y relaciones públicas. Además, para mis vacaciones ya tengo hecha la reservación y pagados los boletos. Usted sabe que siempre hago coincidir mis vacaciones con las de mis hijos.

— Pues sí, Rodolfo, pero quiero que estés aquí. No hay permiso para ello. Así que cancela tu viaje.

Con esa perspectiva no me quedó más remedio que autorizarme las vacaciones, con el riesgo que ello implicaba.

Así se lo hice saber a mi esposa Alejandra, quien sugirió que mejor no nos fuéramos.

— ¡No, no se vale que por un capricho me quieran castigar! Cuando hay que estar al pie del cañón, ahí estoy y no protesto, pero el señor Velarde sólo quiere hacer valer su autoridad y no estoy dispuesto a que por eso me quieran coartar las vacaciones.

— Nos vamos, pero quiero que estés consciente de que quizás regrese a buscar trabajo. Por lo pronto disfrutemos el viaje.

Con un dejo de inquietud abordamos el vuelo hacia Cincinnati, con la conciencia de no preocuparnos por el regreso. Mentalmente analizaba perspectivas de a dónde podría irme a trabajar. Total, mi liquidación sería un colchón para enfrentar el riesgo de un periodo de desempleo.

Respecto a la gira por Estados Unidos ésta fue una experiencia enriquecedora y sorprendente. Incluso el gobierno norteamericano desvió un satélite que alimentaba de información a la *Voz de América*, radio oficial de esa nación. Así conocimos la unidad móvil de ese medio y fuimos entrevistados por ellos. Como yo era el que hablaba inglés el honor de la cabina me correspondió a mí, igual que en nuestra estancia en Los Ángeles y en Nueva York.

En ese viaje conocí también Miami, Orlando, Indianápolis, Nuevo México, San Antonio, San Diego y regresé a Washington.

Como de lo que se trataba era de ahorrar nuestros viáticos, en varias ciudades, como Washington y Nueva York rentamos un pequeño departamento, compartíamos los gastos, cocinábamos y cada quien destinó el dinero no gastado a lo que quiso. Algunos practicaron el antiguo deporte de la “fayuca” y se abastecieron de lo más nuevo en aparatos electrónicos; otros, renovaron guardarropa, cuando todo resultaba mucho más barato en Estados Unidos que en México. En mi caso, sólo hice las compras mínimas, pues me interesaba ahorrar para mis vacaciones.

De regreso a México, tal como lo esperaba, encontré problemas en *Radio Fórmula*. El señor Velarde, en franca revancha por haber visto lesionada su autoridad, decidió que yo dejara de ser director de Noticias y, en castigo, me puso como tarea cumplir el horario de siete de la mañana a tres de la tarde.

En principio, me refugiaba en la transmisión de los noticiarios de cada hora y me la pasaba tranquilo, pues podía leer, como mínimo, cuatro de mis ocho horas de turno. La verdad, me sentía muy contento.

Como yo era trabajador sindicalizado, acudí al secretario general, Nezahualcóyotl de la Vega, quien además era diputado federal, para plantearle la injusticia cometida conmigo.

- En efecto es grave lo que han hecho contigo, pero por lo pronto es necesario que cumplas con la restricción que te pusieron. No hay que darles pretexto para que te despidan.
- Preséntate todos los días y haz lo que te indiquen. Nosotros, como sindicato, entablaremos conversaciones con Velarde para resolver tu caso.
- ¿De acuerdo?

Este castigo comenzó en la segunda quincena de agosto. Sin embargo, tanto el señor Velarde, como el licenciado Eugenio Pasquel, administrador de la empresa, al parecer acordaron vencerme por cansancio. Así, la siguiente orden que llegó fue que ya no pasara al aire.

Sólo debía cumplir mi horario de siete de la mañana a tres de la tarde. Sentadito solamente, dedicado a hacer la famosa “hora pompi”.

Para alguien acostumbrado a reportear y redactar con frecuencia era un tormento. No obstante, aleccionado por el licenciado De la Vega, asumí el castigo y para verlo con más filosofía, me llevé más libros a fin de aprovechar el tiempo.

Religiosamente todos los días procuraba llegar, incluso, poco antes de las siete. El traqueteo del telefax resultaba molesto. Ese ruido se volvía común toda la jornada.

Durante la mañana, me entretenía al subir a las cabinas a escuchar y ver a Pedro Ferriz Decón en su noticiario y en el mismo horario se transmitía el programa “Batas, Pijamas y Pantuflas”, con el Conde, Armando Calderón y Sergio Rod.

Así transcurría día a día.

Vino septiembre y yo no veía que el sindicato hiciera nada para restituirme en mi puesto o que se me dejara reportear nuevamente. Sin embargo, de

acuerdo al delegado sindical, las instrucciones de Nezahualcóyotl de la Vega eran resistir y obedecer.

En las mañanas llegaban Velarde y Pasquel. Saludaban sólo a Rosa Haydeé, la redactora. Supongo que yo había desarrollado el don de la invisibilidad, pues a mí me ignoraban por completo. Obviamente, tampoco intentaba saludar.

En este conflicto ambos, empresa y yo, cumplimos nuestro deber: en mi caso, respeté mi horario de castigo; la empresa, pagó puntualmente mis quincenas.

Llegó el 19 de septiembre, día del terremoto. Mientras circulaba por la avenida Patriotismo hacia la oficina, con un ligero retraso, poco después de las siete de la mañana, mi auto comenzó a fallar. Se sacudió violentamente y poco tiempo después se detuvo. Luego de maldiciones y amenazas de cambiarlo, comprobé que las cosas no nos entienden ni hacen caso. Sólo pude avanzar con la marcha hasta estacionarlo en una calle transversal.

Ni modo, ya estaba metido en un problema por llegar tarde, pero no era mi culpa. El vehículo falló. Así, empecé a caminar mientras esperaba que pasara un taxi o un camión. Nada.

Me sorprendió ver a mucha gente en la calle y pensé que habría algún problema con los autobuses. De hecho caminé más de 10 cuadras hasta llegar a lo que hoy es Circuito Interior y luego tomé por avenida Chapultepec. Una vez más llamó mi atención tanta gente caminando. Por lo visto el paro de autobuses, según mi especulación, era en toda la ciudad.

Al llegar al cruce de Sevilla y Chapultepec, vi lo que era una distribuidora de la Datsun, conocida hoy en día como Nissan, achaparrada y observé que salía humo de la construcción.

Periodista que no es curioso, no es periodista y, por supuesto, me dirigí a la Datsun para ver qué pasaba. Ahí me encontré con algunos colegas que platicaban escenas y situaciones ignoradas por mí, ya que cuando circulaba en mi auto no traía prendida la radio, sino que venía escuchando música. Una virtud que debe tener el periodista es ser prudente y callar cuando no sabe de qué habla la gente.

Mis colegas hacían referencia a que el Hotel Regis se había derrumbado, la antena de Televisa también, algo similar pasaba en los Televiteatros. En Tlatelolco había varios edificios derrumbados y que el tránsito era un caos. En síntesis, la ciudad enfrentaba mucha destrucción, y todo por un terremoto de 7.9 grados en la escala de Richter.

Con más datos apliqué mi espíritu periodístico y pensé: “la nota es la nota y aunque me suspendan yo se las mando”. Marqué el número de la redacción y uno sonaba como que estaba ocupado; el otro, llamaba, llamaba y no contestaban. Supuse que Rosa Haydeé estaría en cabina pasando información. Ni modo, mi nota podría esperar.

En esos momentos se me prendió el “foco” y me dirigí a la casa de unos amigos que vivían cerca, para pedirles me prestaran su auto. De este modo, circulé por la avenida Álvaro Obregón, donde se observaba el pavimento desprendido, semejando tiras de plastilina cuando se corta un pedazo.

Como llevaba mi grabadora, la saqué y comencé a grabar una crónica para transmitirla en cuanto llegara a la redacción. Describí edificios con vidrios rotos, cuarteaduras, pavimento fracturado, gente deambulando, varias ambulancias y camiones de bomberos con sirena abierta. La escena era de real tragedia.

En mi trayecto sólo pude llegar hasta la avenida Cuauhtémoc, donde se ubicaba la Secretaría de Comercio. Estacioné el auto donde pude y continué a pie rumbo a la redacción de Radio Fórmula.

Para transmitirle al auditorio la impresión que me causaba ver el edificio de la Secretaría de Comercio, le sugerí a la gente que imaginara un edificio de ocho pisos, reducido a la altura de uno de dos. Sobra decir que era desgarrador enterarme de tanto daño causado por un terremoto que, paradójicamente, yo no sentí, pero supuse que eso explicaba ahora los jaloneos de mi coche. ¡Bendita y oportuna descompostura!

Con mi grabadora prendida caminé por la calle de doctor Carmona y Valle.  
— Vamos sobre doctor Carmona y Valle y, en efecto, se pueden observar varias casas que presentan cuarteaduras.  
— Estamos llegando a doctor Río de la Loza y puedo ver el edificio de la Procuraduría Federal del Consumido con varios cristales, de gran tamaño, rotos.



— A la derecha se encuentran las instalaciones de Televisa y, en efecto, una de las antenas se derrumbó y en cuanto a Radio Fórmula..... ¡Eeeen la mmaaaaadre!, fue la expresión que se me salió al ver derribada la antena de la radiodifusora. De inmediato apagué la grabadora. No tenía caso, pues no había ya lugar para transmitir.

En ese momento me acordé de Rosa Haydeé, quien debería estar dentro del edificio derrumbado. Afortunadamente mi angustia fue momentánea, ya que al verme gritó y se me abrazó llorando:

— ¡Sergio y el Conde Calderón están muertos!

Hasta ahí me cayó el veinte y agradecí lo súper oportuno de la descompostura de mi coche. Como yo no había sentido el terremoto, no entendía de dónde venía tanto daño.

Era impresionante ver nuestro edificio de seis pisos recargado en otro que estaba al lado y la antena derribada sobre doctor Río de la Loza. Ante el panorama se me ocurrió coordinar las labores de rescate. En la calle de avenida Cuauhtémoc estaban tendidos los cuerpos de Sergio Rod y Armando Calderón, quienes por estar en las cabinas del séptimo piso se vinieron abajo como en una resbaladilla hacia el estacionamiento, cuando la antena en su caída proyectó al edificio en dirección contraria.

José Eduardo Campos, reportero y redactor de *Notifórmula*, me contó que a Pedro Ferriz Decón se lo habían llevado vivo al hospital, pero tenía una lesión seria en la columna, misma que supongo aún le provoca cierta molestia. Me dio gusto saber que no perdió la vida.

Sin instalaciones para transmitir noticias, nos volvimos noticia nosotros. Llegaron colegas de otros medios a entrevistarnos. En mi caso, sólo podía contar lo visto, pero no tenía idea de cómo se había sentido el terremoto. Por lo mismo sólo hablé del recuento de daños. Hasta el momento teníamos cuatro o cinco compañeros ya confirmados como muertos. Otros se encontraban bajo los escombros.

Hubo alguna escena desagradable cuando apareció el administrador de *Radio Fórmula* y trató de dar órdenes para que quienes estaban dedicados a la labor de rescate de víctimas, desviarán su acción y lo ayudaran a bajar la caja fuerte de la empresa.

— Rodolfo, ordénales que bajen la caja; ahí están los documentos de la compañía.

— Mire licenciado Pasquel, usted tiene a la vista la caja fuerte. No le quite los ojos de encima. Pero no vamos a desviar recursos humanos destinados a rescatar compañeros, para poner a salvo su caja, afirmé categórico.

¿Cómo vería mi expresión y el tono en que le hablé?, que, aunque jerárquicamente estaba por arriba de mí, obedeció sin chistar. En realidad estaba yo muy molesto con esa falta de sensibilidad humana. Quizás lo hubiera agredido si continuaba insistiendo y supongo que él lo intuyó, pues así como yo sabía de su afición por los caballos, él sabía de la mía por las artes marciales.

La impresión de esta tragedia me absorbió totalmente, al grado de que unas dos horas después me acordé que no me había reportado a casa para informar que estaba sano y salvo. Cuando me percaté de mi olvido, le encargué a José Eduardo Campos que avisara a mi casa que yo estaba bien.

Mientras, continué la coordinación de los esfuerzos para impedir saqueos en la empresa y apoyar el rescate de compañeros.

Estaba tan absorto que cuando regresó José Eduardo para informarme que no había teléfono cerca, ahí sí me preocupé, pues las informaciones que le llegaban a la gente, daban cuenta del derrumbe en *Radio Fórmula*, lugar donde yo debía estar trabajando desde las siete de la mañana. Seguramente se pensaría que yo estaba entre las víctimas y quizás con dolor se dedicaban a los preparativos para cafetearme.

Por ello dejé un rato el lugar y busqué, ahora sí con urgencia, un teléfono. Tuve suerte y no lejos de ahí conseguí que alguien me permitiera comunicarme a casa.

Faltaba ahora que funcionara mi teléfono. Nuevamente la fortuna me sonrió y aunque no recuerdo quién me contestó, el efecto fue como si alguien de ultratumba les hablara. El ánimo volvió a casa. Una vez más, ¡bendita descompostura de mi auto!

De regreso en las instalaciones de *Radio Fórmula*, me tocó presenciar el rescate de un compañero operador, cuyo nombre escapa a mi memoria, pero no la circunstancia que se dio. Luego de haber estado sepultado bajo escombros por casi seis horas, cuando lo sacaron y subieron a la camilla,

falleció porque se colapsaron sus pulmones cuando jaló aire de manera súbita. ¡Lástima, sobrevivió tanto abajo que al salir su deseo de vivir lo mató! Sé que descansa en paz.

Cuando ocurrió el terremoto, mi asunto estaba a punto de que el sindicato demandara a la empresa por alterar mis condiciones de trabajo injustificadamente.

Recuerdo que, incluso, con algunos colegas yo bromeaba que por el maltrato que me dieron el señor Velarde y el licenciado Pasquel, les había tirado el edificio. A pesar de mi afición por el humor negro, esta muestra rebasaba los límites.

De manera unilateral, decidí dejar las cosas por la paz. No tenía caso abusar de mi buena suerte y agregarle una demanda a quienes, a pesar de esta situación de negligencia, habían sido buenos patronos conmigo.

Opté por buscar otro empleo y comenzar de nuevo. Fue el *Instituto Mexicano de la Radio (IMER)* el que me dio cobijo y ahí resurgí como reportero. *Radio Fórmula* tendría que restañar sus heridas, pero yo no cargaría con el remordimiento de haberle agregado a su tragedia moral, laboral y económica una demanda que, en esas circunstancias, sería dolosa y abusiva.

Al término del día, regresé por mi Volkswagen, al cual vi y traté como si fuera un BMW. Curiosamente, cuando encendí el motor, arrancó como si nada hubiera pasado. Me dirigí a casa con el gusto de haber sobrevivido a una tragedia que, sin la descompostura de mi auto, quizás por lo menos estaría lesionado, ya que yo trabajaba en el piso donde estaban Pedro Ferriz Decón, Sergio Rod, Armando Calderón y los técnicos y grabadores que resultaron lesionados o que fallecieron.

A punto de llegar a casa, me tocó sentir una de las réplicas del terremoto, por supuesto con una intensidad menor a la causante de la tragedia. Ahora sí tuve idea del peligro y aunque los temblores nunca me han provocado miedo, al sentirlo agradecí a Dios por esta indudable oportunidad de nacer de nuevo. Se aplicó el principio de que “cuando no te toca, aunque te pongas; cuando te toca, aunque te quites”.

Además de sobrevivir, encontrar nuevas alternativas de trabajo y ampliar la experiencia laboral, confirmé que aunque mi cumpleaños oficial es el 24 de

septiembre, mi fecha de nacimiento se modificó al 19 de septiembre de 1985. La vida me regaló, nada más, 36 años.

### **3. La relación medios-oficinas de prensa**

Este capítulo se refiere a la gran ventaja que significa tener experiencia en labores de reportero para incursionar en el ámbito de las oficinas de prensa, comunicación o relaciones públicas. Es en sí, una vuelta a los orígenes.

#### **3.1 Entre Borrachos y Cantineros**

Un borracho está en libertad de romper copas, gritar, manifestarse con prepotencia y, si causa algún daño, hacer frente a su responsabilidad. Por el contrario, el cantinero debe procurar que el cliente esté a gusto, no cause problemas y si arremete contra los parroquianos o destroza el mobiliario, resolver la situación con los menores daños y escándalo posibles.

Algo similar ocurre con el periodismo y la relación con las oficinas de comunicación social. En esta parte se reflexiona sobre dicha relación.

El llamado cuarto poder, en su trabajo de conseguir información relevante, actúa como si las dependencias o instituciones estuvieran a su disposición, incluidos los titulares o funcionarios de cualquier nivel.

En la actualidad, los servidores públicos, en su mayoría, participan de una guerra no declarada contra los medios de comunicación. Ser inabordable y esperar que el periodista asuma incondicionalmente la falta de disposición al diálogo es requisito casi indispensable para el reportero de la "fuente", si desea ser aceptado en esa élite.

Las condiciones en la mayoría de las dependencias de gobierno incluyen en los puestos directivos a ingenieros, doctores, abogados, maestros, físicos, etc. Es notoria la ausencia de profesionales de la comunicación en áreas directivas, no se diga en los puestos titulares.

Si un periodista o comunicólogo manifiesta su derecho de operar a un paciente, llevar un caso jurídico o dirigir la construcción de una obra, automáticamente se le cierran las puertas. Incluso el médico apelará a nuestra incapacidad para una intervención quirúrgica con el argumento de que ponemos en riesgo la vida del paciente; el abogado tendrá una argumentación similar y resaltarán nuestra falta de preparación y la posibilidad de poner en peligro el destino o la vida de nuestro cliente; el ingeniero y quienes autorizaran nuestro posible permiso para construir,

tendrían en cuenta la seguridad de quienes habitarán la construcción a nuestro cargo.

El denominador común con los invasores del área periodística o de comunicación social es su argumentación del derecho que les otorga la libertad de expresión. A ellos no se les exige título para ejercer. ¿Acaso la pluma de un periodista no puede matar a alguien o destruirlo con la sola palabra? Puede ser tan nefasto como utilizar mal el bisturí, aplicar mal la ley o calcular inadecuadamente una proyección en una construcción.

Con esta consigna retorné al campo de la comunicación social. Fue a finales del sexenio del entonces presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, último mandatario de extracción priísta.

Vicente Fox Quesada, primer presidente de oposición a quien corresponde el derecho histórico de haber sido quien sacó de Los Pinos al Partido Revolucionario Institucional (PRI), luego de 70 años en el poder, contrató a mucha gente a través de los llamados head hunters o caza talentos. Pero, al menos en el área de comunicación social, no se reflejó la calidad en el desempeño ni en la relación medios-oficinas de prensa.

A propósito de los head hunters, por curiosidad ingresé a la página de la empresa Korn Ferrys, una de las designadas para contratar personal calificado en el siguiente gobierno federal.

Desde su página de internet se veía el carácter elitista para contactar con los posibles prospectos. En principio, quien pretendiera colaborar en el nuevo gobierno debería manejar lo elemental de computación. En segundo lugar, la solicitud para los datos curriculares (resume) debía llenarse en inglés. Por lo mismo, se requería conocer medianamente ese idioma.

Hace once años nuestro manejo de y acceso a las computadoras era mucho menor a lo que es en el 2011. Respecto al inglés también menos gente hablaba de manera elemental no sólo ésa, sino otras lenguas.

La razón por la cual Teresa Franco González Salas, directora del Instituto Nacional de Antropología e Historia, me contrató como asesor fue porque deseaba trascender el papel de los boletines culturales y educativos. Ante el cambio de sexenio ella, como todos los servidores públicos a punto de terminar el sexenio, buscaba colocarse en la nueva administración.

En mi primer encuentro con la directora del INAH me comentó que no estaba muy a gusto con su encargada de la comunicación.

— Pero a estas alturas no la voy a correr. Es mi amiga, aunque siento que en el desempeño traicionó la amistad.

— Tu labor nada tendrá que ver con la de ella. Quiero reunirme con columnistas, directores de medios y articulistas del ámbito político.

De inmediato, Tere mandó llamar a sus directoras de comunicación y editorial, Carmen Gaytán y Adriana Konzevik, respectivamente. Cuando llegaron a la oficina, pese a que fui presentado con ellas, olímpicamente me ignoraron.

De pronto la secretaria le pasó una llamada a la directora del INAH y vi la oportunidad de establecer una plática conciliatoria o de acercamiento con ambas funcionarias. Como me sentían un extraño en su mundo y, asimismo, se consideraban intelectuales, prefirieron entablar conversación entre ellas.

Comentaron acerca de un cuadro que había en la oficina de Tere Franco. Adivinaban de qué autor se trataba, cómo se llamaba el cuadro, a qué escuela pertenecía, la fuerza de su proyección, la obra, su trayectoria y todo lo imaginable en una obra. Por lo que decían, pensé que conocían del tema y de reojo observé la obra en cuestión. Por supuesto que nunca vi las características atribuidas. Mi cultura pictórica no pasaba del me gusta o no me gusta.

Cuando Tere concluyó su llamada, debió retomar el hilo de la conversación y, como si hubiéramos iniciado, volvieron las presentaciones y solicitud a ambas para que me proporcionaran los materiales y directorios que necesitara.

En efecto, comprobé que la titular del INAH había cometido un error muy común en la administración pública: recurrir al “amiguismo”, sin importar si hay calidad profesional para desempeñar los cargos. Tanto Carmen como Adriana aceptaron colaborar, pero más que un aliado percibí que me sintieron como un invasor y amenaza para sus puestos de trabajo.

La primera vez que intenté hacer contacto con Carmen fue al subir a su oficina. Pese a que ella misma me había presentado con su equipo y a algunos ya los conocía por haber estado unos años antes en el mismo

puesto, me sorprendió que todos, desde su secretaria hasta el colaborador más modesto, fueran un obstáculo eficiente para el encuentro.

Acostumbrado ya a abrir puertas y resolver problemas en vez de contarlos, le envié un correo electrónico y también redacté un memorándum a Carmen Gaytán para solicitarle el directorio de los reporteros de la fuente y que se me enviaran, por favor, los boletines y la síntesis periodística todos los días.

Como respuesta, recibí otro comunicado, con copia para Tere Franco, en el cual Carmen evidenciaba que su apellido se escribía con I latina, en vez Y.

— Rodolfo, doy acuse de tu correo y tu memo, y aprovecho la oportunidad para informarte que mi apellido está mal escrito: es Gaitán, no como tú lo escribiste. Atte. Carmen **Gaitán**.

Con la idea de desprestigiarme ante la directora del INAH, sin el menor tacto posible, buscó el reclamo público y casi al grito me evidenció ante Tere Franco.

— ¡Ah! Y a propósito, por si no lo sabes, mi apellido se escribe con i latina. Te voy a agradecer que cuides tu redacción para la próxima vez.

En mi favor le comenté que en los apellidos no existe ortografía y la manera más usual del suyo era Gaytán, no Gaitán, pero le aseguré que lo tendría en cuenta para próximas comunicaciones.

— Espero, porque es una pena que siendo asesor no sepas redactar apropiadamente, subrayó con todo el dolo posible y para ser escuchada.

En efecto, Tere se percató de la intención de su amiga y colaboradora y, sin que Carmen lo notara, me hizo un guiño de complicidad, un ademán de “aquí no pasa nada” y sonrió discretamente.

Por supuesto, los directorios nunca llegaron y de los comunicados me enteraba a través de los que le enviaban a la Dirección General. En el primer caso, mi tarea fue reportear esa nota, a través de la misma fuente y los amigos que tenía en dependencias afines, quienes me auxiliaron y proveyeron del material necesario.

Como la directora de Comunicación Social supongo que consideraba a los boletines de prensa emitidos por el INAH como casi joyas literarias, aspirantes al premio Pulitzer y, por tanto, sólo los elegidos podían disfrutar del honor de recibirlos, me excluyó de ese privilegio.



Discretamente le comenté a Tere de ese intento de sabotaje y, aunque en un principio me ofreció los que le llegaban a ella, finalmente tuvo que hacer una llamada por la “red” a Carmen para que me incluyeran en sus envíos.

La inexperiencia, unida a una gran dosis de inseguridad, llevó a esta funcionaria a intentar extender su bloqueo a los directores de museos, coordinadores de área e investigadores. Para su mala suerte, mi labor con ellos era sólo de acercamiento a fin de conocer a fondo el trabajo de la Institución. Mi llave de entrada fue la recomendación de Tere Franco, aunada a una relación no muy cordial de la señora Gaitán, con muchas personas del INAH. Eso facilitó mi labor.

Donde no podía incursionar ella era con los columnistas políticos, jefes de información, reporteros y conductores de programas de información general, pues como se consideraba intelectual y a los colegas, ignorantes, por decir lo mínimo, no los incluía en su universo. Craso error, pues toda información, por muy cultural o educativa que sea, siempre tendrá una connotación política.

De eso estaba muy consciente Tere Franco, quien mostraba disposición a incursionar más en ese terreno. Como la síntesis que le llegaba a la directora general le daba prioridad a la información cultural, educativa o de sociales, mi labor consistía en proveerla de tarjetas con acontecimientos, sugerencias o tendencias que había en el mundillo político.

Dado que estábamos en el periodo electoral, la tendencia del INAH era más a favor del candidato del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

En los acuerdos con la directora, comentábamos acerca de cuál candidato tenía una mejor propuesta cultural.

— Mira maestro yo veo muy fuerte a Fox, pero no trae un proyecto cultural; en cambio Cuauhtémoc (Cárdenas Solórzano), sí tiene una muy buena propuesta, pero en las encuestas está mejor posicionado el PAN.

— ¿Y cómo ves a Labastida?, le pregunté.

— Muy debilitado, pero ya sabes cómo se mueven estas cosas, maestro. No hay que menospreciarlo, pero tampoco le veo al PRI (Partido Revolucionario Institucional) una oferta cultural interesante.

— Pero gracias por las tarjetas y los tips.

Cuando se trataba de convivir con columnistas, la transformación de Tere Franco era sorprendente, pues si algo le gusta a ella es la grilla política. Recuerdo una reunión con Ricardo Alemán, prestigiado columnista, colega y amigo periodista, quien accedió a reunirse con ella, aunque con cierta reserva, pues dudaba de qué podría decir de interesante la directora del INAH.

En el caso de Tere, daba igual, pues habituada a reunirse con líderes de opinión del sector educativo o cultural, no la convencía del todo platicar con alguien que representaba un sector no frecuentado por ella abiertamente.

El encuentro se dio en un principio con frialdad, por parte de Tere, y tolerancia, y ayuda al amigo, por parte de Ricardo. Mi labor fue sólo de maestro de ceremonias. Luego de presentarlos los dejé solos para que platicaran a gusto.

La química que se dio con ambos se reflejó en que una entrevista cuya duración estaba estimada en una hora, se prolongó por casi tres, en medio de carcajadas, conversación libre y sin temas tabú.

Como en ese tiempo se permitía fumar en los restaurantes, Tere pudo darle rienda suelta a su adicción y eso permitió que se relajara totalmente y sacara a flote su fase de buena conversadora.

Debo precisar que nunca había visto a nadie con esa capacidad de fumar un cigarro tras otro. Incluso quienes hacían caricatura de ella, incluían en la mano derecha un cigarro encendido. ¡Vaya!, aun en la posada del INAH se encargó una piñata con la efigie de la directora general con el infaltable tabaco.

Pese a la tensión inicial de la comida, Ricardo y Tere terminaron como si fueran viejos amigos que habían dejado de verse durante un buen tiempo y en ese encuentro se pusieron al corriente.

Al término de la reunión, agradecí a Ricardo su invaluable ayuda y, tal y como es su carácter, me reiteró que no había nada qué agradecer, al tiempo que agregó una opinión favorable de Tere.

Camino al INAH, Tere también se expresó muy bien de Ricardo y aseguró que se había sentido a gusto hablando de otros temas, incluso le llamó la atención lo bien que traía el panorama político electoral.

### 3.2 Importancia del trabajo en equipo

Por esa época, fines de 1999, estaban en el candelero dos temas que eran de interés general respecto al INAH: El robo al Museo Nacional de Antropología y la restructuración del Castillo de Chapultepec. Respecto al primero, Carmen Gaitán y su equipo eran reacios a hablar, pese a que se contaba con un folleto explicativo de las investigaciones, el rescate de algunas piezas y una relación del robo perpetrado.

En torno al Castillo de Chapultepec, se notaba una tendencia mayor a guardar silencio.

Durante una de las varias reuniones que tuve con Tere, le comenté lo inadecuado de callar en esos dos temas, cuando había información disponible para evitar rumores.

Es bien sabido que ante la cerrazón hacia los medios, un detalle infalible en estas circunstancias es el rumor o el recurso de apelar a las llamadas “fuentes bien informadas” o “según información extraoficial”. En efecto así ocurría con los reporteros de la fuente del INAH, quienes no encontraban respuesta del área de comunicación.

En alguna ocasión me encontré a algunos colegas que conocía porque habíamos coincidido en la cobertura de otras fuentes. Al enterarse que yo estaba ahí, me comentaron los obstáculos que encontraban con Carmen Gaitán, pues sus desplantes de intelectual la llevaban a negarles información que, era muy sabido, la tenía el área de comunicación del INAH.

De manera amistosa, le proporcioné a algunos colegas el folleto y datos de cómo iba la remodelación del Alcázar de Chapultepec, con la consabida petición de que omitieran su fuente de información.

Claro está que estos temas los comentaba con la directora general, que se manifestaba molesta por la falta de atención de su jefa de prensa hacia los periodistas ajenos a la fuente y a algunos de la misma dependencia.

— ¡Pinche gorda, no es posible, pero como te dije, a estas alturas ya no la voy a correr, pero sí reconozco que traicionó la amistad!

— Me parece bien que distribuyas el folleto de la PGR (Procuraduría General de la República) y les proporciones datos de la remodelación, pero

eso sí no hay que soltarlo todo, porque esa nota la quiere tener el presidente Zedillo y ahí sí, ni moverle, ni pelearnos con Presidencia.

La apertura era tal que el mismo director del Museo Nacional de Historia, donde se ubica el Castillo de Chapultepec, ofreció un recorrido por las obras de remodelación a periodistas ajenos a la fuente educativa. Tanto para ellos como para mí, fue anecdótico subir al Alcázar en el elevador utilizado por Porfirio Díaz y otros personajes históricos y enterarnos de lo complicado y especializado de la restauración de tapetes, alfombras, cortinas, mobiliario y los jardines, cuya tarea fue encargada a especialistas nacionales y extranjeros.

Sin pretender que mi labor le hubiera quitado problemas al INAH, sí fue notorio que las filtraciones o la información conseguida de manera extraoficial disminuyeron y se pudo comprobar que el mejor antídoto contra la tergiversación de notas es hacer nuestro papel en las oficinas de prensa: atender a los colegas y proporcionar la información posible.

Es mejor que los reporteros tengan información en exceso que falta o negación de la misma.

Por supuesto que aunque Carmen Gaitán se convenció que yo no iba por su cargo, la relación no mejoró y, de hecho, nunca fue cordial.

Lo insuperable fue la no coincidencia en la forma de actuar ante los colegas: Para ella predominaba el esquema de no información, trato restringido, desatención e intentos de someter a las redacciones con llamadas aclaratorias o limitaciones publicitarias, a través de la cabeza de sector del INAH, la Secretaría de Educación Pública (SEP); para mí, la universidad de la vida y la educativa me enseñaron a relacionarme con los colegas como me gustaría ser tratado: con amabilidad, disposición y brindando la información disponible.

En honor a la verdad, la labor de una dependencia como el INAH no es fácil ante la burocracia existente en mi época. En abono a la tarea de Carmen Gaitán como directora de comunicación social y su inexperiencia periodística, el camino que le quedaba era, simplemente, obedecer.

Hay colegas de instituciones o dependencias que son proclives a la cerrazón y argumentan que si uno ya se pasó del otro lado del mostrador; es decir si cambió de borracho a cantinero, hay que ponerse la camiseta y defender a ultranza a la organización, dejando de pensar como reportero.

El error, en mi opinión, es muy evidente pues en el momento en que quienes colaboramos en oficinas de prensa o comunicación dejemos de pensar como periodistas, el funcionario para el que trabajamos se saldrá con la suya y confirmará sus aversiones hacia los medios de comunicación, sin que nadie le haga ver los inconvenientes de pensar y actuar de esa manera. Como diría Alejandro Ramos Esquivel, ex jefe y actual director editorial de *El Financiero*:

- No te pelees con un barril de tinta, en alusión a mantener una relación cordial con los medios de comunicación y sus representantes. Una variante de lo que me enseñó Manuel Buendía:
- Si no hace amigos, no haga enemigos.

Sin que esto represente un exhorto a la anarquía comunicacional, es lógico que cuando la relación entre dependencias y servidores públicos se da de manera más burocrática que práctica, el mejor camino es obedecer ciegamente. Sin embargo, si quienes están a cargo de la responsabilidad de manejar la información e imagen del titular de una dependencia han hecho “infantería” en alguna redacción de un medio, la actitud debiera ser otra.

En primer lugar, si tomamos en cuenta que la comunicación es un factor muy explosivo, imprevisto y sujeto a circunstancias en ocasiones fuera de nuestro control, o de cualquier decisión administrativa, la obediencia plena no es el camino.

Por ejemplo, en el caso del INAH, la responsabilidad final se encuentra en la SEP, como cabeza de sector. Pero, antes de llegar a esa instancia, se encuentra la presidencia del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), a quien el director del INAH o el de Bellas Artes, deben ver como su jefatura institucional inmediata.

Quienes hemos incursionado en ambos lados de la mesa; es decir que hemos sido “borrachos y cantineros”, entendemos la premura de los colegas. Todo es para ayer; es decir los requerimientos de los medios tienen carácter de urgente y lo que le antecede. Cuando se ha reportado también se puede entender que muchas veces no es posible programar una entrevista o un evento a botepronto. Por tanto, si en vez de recurrir a la actitud de la avestruz, de esconder la cabeza o hacernos ausentes, damos la cara y buscamos una solución conveniente para el reportero y, también,

acorde a las necesidades y posibilidades de la Institución, la relación con la dependencia y su titular mantendrá la cordialidad y el respeto.

Por el contrario si el servidor público encargado de la comunicación social no tiene experiencia en reportear, nunca ha pisado una redacción y no conoce las necesidades de los periodistas, los verá como habitualmente lo hacen muchos titulares de esa área: tramposos, mentirosos, borrachos, ignorantes, poco confiables y seres con los cuales se debe evitar o limitar el trato.

Si a eso le agregamos que el titular de la dependencia piensa igual, la comunicación social está condenada a desencuentros permanentes que no golpearan mediáticamente al responsable de la relación con los medios, sino al secretario, director o responsable de la institución.

Otro factor desfavorable en el manejo de la comunicación social en el INAH era la discriminación de algunos medios, por considerarlos pequeños, insignificantes o no interesantes para enviarles información.

Este aspecto lo comenté en varias ocasiones con Tere, pues ella también pensaba que los diarios llamados “nacionales”, las televisoras y algunas estaciones de radio eran los únicos que valían la pena.

Una enseñanza de vida es que no hay enemigo pequeño y eso ocurre con los medios. Sin tratar de descubrir el hilo negro, es bien evidente que el manejo con ellos implica reconocer que el respeto es un camino de dos vías: de aquí para allá y de allá para acá. Si yo no respeto el quehacer de un colega o expreso desdén por el medio que representa, no debo quejarme de que su reacción no conmigo, sino con la institución sea agresiva y de resentimiento.

Manejar el esquema de la transición borracho-cantinerero, es un buen ejercicio para mantener la relación cordial y de respeto con los medios.

Si bien es cierto que muchos colegas actúan con prepotencia y están dispuestos a golpear informativamente a cualquier institución que no les brinde trato preferencial, también es cierto que enconcharnos o negarnos a atender los requerimientos de los periodistas es el camino directo al maltrato en los medios de comunicación.

Pese a que Tere Franco entendía que algo funcionaba mal en su área de comunicación, un sentido equivocado de la amistad la expuso a golpes innecesarios, debido al resentimiento que los colegas tenían con la titular de comunicación social.

Sabedores de que no encontrarían respuesta a sus pedidos de información, los periodistas vieron la oportunidad de reproducir versiones de los trabajadores sindicalizados quienes aprovechaban el foro que se les ofrecía para publicar o transmitir informaciones de problemas inocultables como era el saqueo arqueológico, la vigilancia insuficiente en esos lugares, los problemas del sindicato con la directora general, por ejemplo.

Si alguien hay con conocimiento y conciencia de sus derechos y obligaciones es el trabajador del INAH. Sin embargo, así como eran de activistas, estaban abiertos a discutir, conciliar y llegar a acuerdos.

Paradójicamente, también tenían un buen aliado en los periodistas resentidos con la poca o nula atención de la directora de comunicación social.

En este aspecto, lo único que podía hacer como asesor, era seguir pasándole tarjetas a Tere y al administrador, Jorge Carlos Díaz Cuervo, ex diputado y ex presidente del extinto Partido Socialdemócrata de México, quienes no escuchaban de mi parte opiniones a modo, sino que cuando se me pedía un punto de vista, lo expresaba aunque no estuviera acorde a cómo veían las cosas ellos.

Como ambos tenían una percepción política, no sólo cultural o educativa, se abrían a escuchar posturas distintas a las de ellos. La titular de comunicación social estaba sujeta al criterio de Tere o el administrador.

Dicen que quien no vive para servir no sirve para vivir y, en mi caso, sí me la creí y decidí actuar como un asesor no como un corifeo. Claro que con jefes dispuestos a recibir loas a sus propuestas e ideas se puede volver incómodo el colaborador que opine en sentido contrario.

Recuerdo ahora una anécdota de mi amiga y colega Mercedes Aguilar Montes de Oca, cuando era directora de comunicación social de la Secretaría de Gobernación, la cual ilustra que cuando el servidor público ha transitado por el camino periodístico, cumple con su papel aunque para ello ponga en riesgo el empleo.

Resulta que en el trabajo de síntesis, el equipo de Mercedes empezó a notar que en la carpeta informativa entregada al secretario, quien en ese entonces era Fernando Gutiérrez Barrios, se integraban notas que no habían salido de su oficina.

En un primer intento por ver qué pasaba, Mercedes habló con los subsecretarios mencionados en las notas.

- ¿Perdone, señor subsecretario, sabe usted cómo se generó esta noticia?
- ¡Sí, Mercedes! Se me pasó decirle que el señor secretario la vio y estuvo de acuerdo en que la mandáramos, respondía el funcionario.
- ¿El secretario la aprobó?
- ¡Sí, así es Mercedes!

Luego de averiguar entre su personal si alguien había dado apoyo al envío de esas informaciones, Meche decidió aclarar el punto y aprovechó para ello una de las muchas reuniones que tenía el Secretario con su equipo y con el área de comunicación social.

Franca como ha sido y con un excelente manejo de la ironía, Mercedes utilizó el foro con los subsecretarios y Gutiérrez Barrios para hacer frente de una vez por todas a esa falta de control informativo.

- Don Fernando, no sé si ha notado que hay muchas informaciones que no salen de mi oficina con declaraciones de los subsecretarios.
- Yo pregunté y me dijeron que usted había aprobado los boletines.
- Sí, Mercedes, así es, reconoció Gutiérrez Barrios.
- ¡Ah, qué bueno saberlo! Y mejor, también, que usted se ha decidido a hacer comunicación, pero me gustaría preguntarle ahora que está tan dedicado a estos menesteres, ¿por qué no me deja a mí hacer política?
- ¿Por qué dice eso Mercedes?
- Mire señor secretario, con todo respeto usted me paga a mí por saber de y hacer comunicación, pero si le gusta tanto practicarla, ¿por qué no invertimos los papeles y usted se responsabiliza de mi área y yo de la suya?
- Los señores subsecretarios han enviado comunicados a los medios desde sus oficinas, con el aval de que usted ya los revisó. Así yo no puedo hacerme responsable del manejo de su imagen e información.
- Déjeme ganar mi salario y hacerle frente a los errores que pueda cometer. De otra manera, señor, permítame abandonar el barco, porque así no le puedo responder por errores ajenos y, más aún, si son suyos.



Sorprendido y no muy acostumbrado a que lo cuestionaran, Gutiérrez Barrios no perdió compostura y en un lenguaje mesurado y con muy buenos modales, reconoció su error y delante de su equipo fue tajante al llamar a los subsecretarios y funcionarios a que toda información que saliera de la Secretaría, debería llevar el visto bueno de Mercedes y él se abstendría en lo sucesivo de autorizar un comunicado que no viniera con la aprobación de comunicación social.

Es decir, Gutiérrez Barrios continuaría haciendo política y Mercedes Aguilar comunicación social.

Con ese espíritu actué yo con Tere Franco mientras trabajé con ella como su asesor, pero reconozco que mi tarea era limitada porque detrás estaba la opinión de su directora de comunicación, quien nunca perdonaría la intromisión de un periodista ignorante.

Por lo mismo, jamás se decidió a trabajar sumando y con la conciencia de que los esfuerzos conjuntos beneficiarían a la institución y a su titular. Insisto en que las decisiones de compadrazgo y designación de amigos en puestos clave, sin ningún respaldo profesional que lo justifique, al final tienen un costo, que puede ser determinante en el futuro del servidor público.

### **3.3 Importancia del control de daños en la comunicación**

Terminada mi labor en el INAH, al igual que el sexenio, empecé en enero de 2001 a trabajar en la Representación del Gobierno de Guanajuato, como coordinador de Comunicación Social en el Distrito Federal.

La tarea fundamental es la de ser enlace del Gobernador con los medios de comunicación en la ciudad de México y también replicar la información producida en el Estado.

En este caso, la relación jerárquica se da a través de una Coordinación General, donde se dictan las pautas para hacer la comunicación en las oficinas de la Representación.

Mi primer encuentro con la coordinadora de Comunicación de Guanajuato no fue exitoso ni cordial. Tampoco tenía porque serlo ya que no me conocía. Todo ocurrió en una gira del gobernador Juan Manuel Oliva Ramírez, a quien se le había programado un desayuno en el restaurante El

Cardenal, en lo que hoy es el Hotel Hilton de la ciudad de México, antes Sheraton.

Nuestro primer error fue no comunicarnos, pero como llegó a mis manos el programa de la gira, pregunté a nuestro administrador si había reservación, ya que ese restaurante pide a sus clientes un lapso de 36 horas de anticipación.

Enterado de que no existía nada al respecto, me adelanté y reservé dos mesas en el restaurante Los Dones, ubicado en la planta alta del Hotel.

Cuando llegó el gobernador con mi jefa, se dirigió con toda confianza a entrar al restaurante. Como no había reservación no le permitieron el acceso, aunque la recepcionista abrió la posibilidad de que se quedara en lista de espera, lo cual no era factible..

Discretamente, me acerqué al gobernador a quien conocía como ex secretario de Gobierno con el ex gobernador Juan Carlos Romero Hicks y como senador.

- Señor tengo dos mesas apartadas en el restaurante Los Dones por si usted quiere utilizarlas en su reunión.
- Gracias, yo creo que sí las usaremos porque acá abajo no se puede, ¿verdad?
- No señor, porque las reservaciones deben hacerse 36 horas antes.

De inmediato le informé a la licenciada Juana de la Cruz Andrade, coordinadora general de Comunicación Social del Estado de Guanajuato que el gobernador había aceptado las mesas reservadas en Los Dones.

- Pero ¿por qué no reservaron en El Cardenal, donde él quería?
- Juanita yo no supe de la agenda. Paradójicamente se dio la incomunicación entre quienes deberíamos tenerla. Por eso cuando me enteré hoy en la mañana que desayunaría en El Cardenal pregunté si había reservación y al enterarme que no, me apresuré a conseguir las mesas en el otro restaurante.
- Bien, pero tú debes estar enterado cuando haya gira y de lo que se requiere.
- De acuerdo Juanita, pero esto no dependió ni de la Representación, fue programado en la secretaría particular.

— Bueno, ¿cómo va lo que sigue? ¿La entrevista con Notimex va a ser en la Representación? ¿Ya está controlado eso?

— Si Juanita, el equipo de Notimex llegará con anticipación para instalar cámara y audio. No te preocupes yo me voy a adelantar a la oficina para supervisar que todo marche bien.

Ese no te preocupes, era más bien una frase para mí, pues me enfadaba no tener los hilos de la situación, aunque mi control de daños se iba dando con relativo éxito.

Cuando el Gobernador se ubicó en el restaurante Los Dones, me pidió que le dijera a Juanita que se sentara con él y sus invitados a desayunar.

Mi jefa no estaba de muy buen humor y en ayunas el temperamento estaba a punto de explotar. Para avisarle de la petición del Gobernador fui al Centro de Negocios del Hotel donde ella utilizaba una de las computadoras del lugar. Con discreción le indiqué a la dependiente que cargara el uso de internet de ella a mi cuenta.

Comprobé que tiene muy buen oído, pues al percatarse de mi intención, desde su lugar gritó que ella pagaba lo suyo. Mal indicador en nuestro primer acercamiento.

Decidido a que mi estómago no pagara por mi preocupación, utilicé la otra mesa reservada y convencí a nuestro administrador y al jefe de escoltas que se sentaran. Cuando vino el mesero a tomar nuestra orden, yo pedí unos huevos rancheros y mis compañeros sólo se conformaron con una tasa de café.

Poco después, cuando llegó mi desayuno, ambos se animaron y ordenaron lo mismo. Sin saber a qué venía, el jefe de escoltas me advirtió:

— Cuidado mi Rodo, aquí pensar es peligroso. Es mejor obedecer.

Sorprendido por esa afirmación, me enganché innecesariamente, pero le respondí con cierta molestia:

— Mira maestro, a mí me van a correr por hacer no por quedarme callado. Me pagan por hacer comunicación y si yo no hubiera conseguido las mesas acá arriba, ¿dónde crees que se hubiera tenido que ir el Gobernador?

— En ese caso, por obediencia me hubieran reprendido o, en el peor de los casos, corrido. Yo no estoy dispuesto a que se me corra por omisión sino por acción.

Previendo que Juanita desayunara algo por lo menos ligero, le encargué yogurth y fruta. Cuando llegamos a la oficina, le llevé el alimento y molesta me contestó que no quería.

Determinado a que mi carrera como coordinador terminara ahí, le comenté, educada pero firmemente, que no pagara su estómago por presiones laborales.

— Juanita, déjame hacer cargo de la entrevista, tú no te malpases. Comenzamos con error, pero ya lo demás está bajo control. Atiende a tu organismo. Resignado a que la bomba estallara, dejé el yogurth y la fruta sobre el escritorio.

Ahora que la veo a distancia, sé que su molestia no era conmigo, sino con que las cosas no salieran bien. Como no me conocía supongo que le preocupaba que la situación empeorara.

Minutos después, una vez listo el escenario para la entrevista del gobernador con Notimex, pude observar que Juanita accedió a dejar de hacer sufrir a su estómago y apuró el yogurth y la fruta.

Después de la entrevista y una vez que vio mi desempeño, platicó conmigo de manera cordial pero muy en su estilo coloquial.

— Mira cabrón, yo no soy de ceremoniales y sí soy muy franca.

— Yo quiero que tú operes para nosotros aquí en la ciudad. Voy a arreglar que cuando tengamos gira tengas la información necesaria para que todo fluya adecuadamente.

— Es que de esa forma todo va a salir mejor. Yo soy institucional y tengo como norma resolver problemas no transferirlos a mis jefes. Cuenta con que si funciona la comunicación entre comunicadores, tendremos mejores resultados. Gracias por la confianza.

Juanita, en efecto, no es gente de caravanas o protocolos, pero detrás de la imagen de inabordable y acelerada, hay un ser humano que sabe su oficio y delega actividades, esperando resultados.

Por mi parte, he aprendido a respetarla no a temerle. Eso me permite ahora conversar con ella sobre estrategias y acciones a desarrollar para, en nuestro caso, lograr un cierre de administración a tambor batiente.

Otra anécdota breve del manejo de control de daños fue la ocurrida hace poco, con el caso de varias mujeres presas por homicidio en grado de parentesco.

Hubo organizaciones sociales que aseguraron que se trataba de un caso de represión a las mujeres por abortar y una actitud puritana de “los gobiernos conservadores panistas”. Incluso se dio un plantón en la sede de la Representación del Estado en la ciudad de México.

Como el tema fue represión hacia las mujeres y su determinación de decidir si abortaban o no, para los medios fue una nota con mucho atractivo. Se explotó el retrogradismo de las autoridades y la injusticia de género.

Aunque en realidad actuamos con retraso en el control de daños, hubo tiempo para armar un expediente, caso por caso, donde se comprobaba que todos los embarazos habían llegado a término, los bebés vivieron fuera del seno materno y fallecieron por falta de atención y/o alimentación.

La periodista Carmen Aristegui aceptó entrevistarse con el procurador del Estado, Carlos Zamarripa Aguirre. En un principio, hasta el equipo de producción de ella le pasaba tweets y recortes de periódico para avalar la postura de la organización que defendía a las mujeres. Carmen misma recibía mensajes de condena a las autoridades de Guanajuato en su celular.

En un corte comercial el procurador le mostró fotografías de varios casos en los que no se veía un feto, sino un bebé bien conformado que había vivido unas horas fuera del seno materno.

Fue tal la sorpresa de Carmen que ordenó a su equipo que no le pasaran llamadas y que metieran otro material, mientras ella observaba la gruesa carpeta del procurador Zamarripa.

— ¿Podemos hacer tomas para mostrarlas en televisión?  
— Lamentablemente no, Carmen, porque forma parte de un expediente y de una averiguación. Si se pudiera, con más facilidad derribamos las versiones que nos acusan de panistas retrógradas, oscurantistas, etc. Incluso yo no soy panista. Simplemente hago mi trabajo de procuración de justicia.

- Es que con esto se precisa la versión que hasta a nosotros nos hizo pensar lo contrario.
- Lástima procurador, pero con esto me queda claro que no teníamos la película completa. Gracias por su información y seguiremos pendientes de cómo evoluciona este caso y la liberación de las mujeres.

Con Adela Micha ocurrió algo similar, pues ella transmitió una serie de reportajes donde casi condenaba al gobierno de Guanajuato y a los panistas por agredir inmisericordemente a mujeres ignorantes y de origen humilde por el simple hecho de abortar.

Cuando, fuera del aire, observó los expedientes y las fotos que traía el procurador, en su estilo relajado y coloquial sólo atinó a decir:

- ¡Pinches viejas, me vieron la cara de pendeja!
- Aquí no se ve ningún feto procurador. ¡Son bebés completitos!
- Bueno, yo enmendaré la plana con la entrevista que pasará mañana y pasado. Ni modo, procurador, ahora sí que me clavarón..

Aunque el tema pudo ser enfrentado, es evidente que lo delicado del mismo nos hizo replegarnos inicialmente y evadir encuentros con los medios. Afortunadamente se integró un buen expediente y nos permitió hacer labor para contrarrestar los daños.

Hubiéramos podido actuar con más eficiencia, disposición y a tiempo, pero hubiera, además de ser pretérito imperfecto, es el tiempo pen...sante del verbo haber y un recurso evitable en el control de daños.

## **Conclusiones.**

Como saben todos aquellos que han ejercido esta apasionante profesión del periodismo, este trabajo no intenta convertirse en verdad única del quehacer profesional, pero sí busca aportar mi experiencia en ambos lados de la mesa: como reportero y como servidor público en oficinas de prensa para quienes estudian la licenciatura en Ciencias de la Comunicación.

La primera parte de mi narración evidencia lo fundamental de que los alumnos tengan no sólo práctica en las aulas, sino cuanto antes se integren al medio para adquirir la experiencia necesaria para conjuntar la teoría y la práctica.

Muestra también lo determinante que en esta profesión es mantener el aplomo, romper reglas pero con conocimiento de causa, no subestimar a quienes sólo cuentan con experiencia y no formación universitaria. Podemos ser buenos aliados y allanarnos el camino de la llamada “cuota periodística”, que son los descabros que se deben experimentar y pagar sus riesgos.

Parte fundamental de esta profesión es tener la mente abierta, como un paracaídas, y nunca considerarnos producto terminado, pues en ese momento habremos acabado como profesionales de la comunicación en cualquiera de sus ámbitos.

Otra enseñanza adquirida y que traté de compartir en esta tesina es el hecho de que si no hacemos amigos, no hagamos enemigos. En el medio, como en la vida, nadie es monedita de oro para gustar a todos y si alguien tiene un ego del tamaño del mundo somos los comunicadores que, además, representamos a los seres con mayores problemas de comunicación.

Por ello es importante aplicar en el tránsito de “borracho a cantinero”; es decir de reportero a servidor público en alguna dependencia, en el área de comunicación, el principio de servir a los demás, no servirnos de los demás.

Si sabemos lo que requieren los colegas cuando trabajamos en alguna oficina de comunicación social, trataremos de brindarlo y mediante el trato cordial y respetuoso, será más fácil emprender el control de daños, cuando las circunstancias nos pongan frente a informaciones que resultan problemáticas.

Cuando se ha hecho “infantería reporteril” y se transita hacia una oficina de prensa y comunicación, podremos también hacerle ver al funcionario, con el que colaboremos que es mejor tener a los periodistas como aliados que como enemigos, pues si bien le va al servidor público permanecerá en el cargo el tiempo que dure la administración, pero el periodista estará siempre, o casi siempre, en su labor y si tiene que cobrar facturas por malos tratos, desatenciones, falta de información y actitudes irrespetuosas, al tiempo exigirá saldarlas.

Deseo que mi forma de “matar las moscas” sirva para que los futuros colegas entiendan que el enemigo a vencer no son otros colegas o pelear con las instituciones como si fueran molinos de viento, sino que la competencia es con uno mismo para vencer nuestro ego y fortalecer nuestro Ser. Como diría Budah: “Mata a tu Ego y sé feliz”.



## **Bibliografía**

ECO, Umberto. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio. Investigación y escritura*. Gedisa. México 1984.

GOOD, William J., *Métodos de Investigación Social*, Trillas. México 1992.

ROBLES, Francisca. *Seminario de Tesis I*. Material didáctico. SUA-FCPS. México 2006.

ROBLES, Francisca. *Seminario de Tesis II*. Material didáctico. SUA-FCPS. México 2007.

ROBLES, Francisca. "Del espectáculo al testimonio: dos formas de presentar la realidad" en *Espejismos de papel*.

ROBLES, Francisca. *El relato periodístico testimonial. Perspectivas para su análisis*. Tesis de doctorado en ciencias de la comunicación. UNAM-FCPS. México 2006.

SALINAS, Carmona Sergio, (compilación) *Métodos y Técnicas de Investigación*, EDUVEM, México 1993.

SIERRA, Bravo Restituto, *Técnicas de Investigación Social*, Paraninfo. México 1992.

SERAFINI Ma. Teresa. *Cómo se redacta un tema. Didáctica de la escritura*. Paidós. México 1993.